

NEWMANIANA

AÑO XIV - NÚMERO 42 / 43

DICIEMBRE 2004



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de **Amigos de Newman** en la Argentina

NEWMANIANA



Año XIV - Nº 42 - 43
Diciembre 2004

Director
Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción
Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro

Diseño e Impresión
Editorial y Talleres Gráficos
Universidad Católica de La Plata

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.
Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual Nº 237.216
Propiedad de Fernando María Cavaller
Dirección:
Calle 24 Nº 1630 (1900)
La Plata
Pcia. Buenos Aires
República Argentina

EDITORIAL

El Gran Aniversario Mariano 2

MARÍA

Newman y la Inmaculada Concepción 3

1. Newman en los días de la definición del Dogma de la
Inmaculada Concepción 3

2. Memorandum sobre la Inmaculada Concepción 5

-Introducción y Traducción: Fernando M. Cavaller

POESÍA

Los elementos 10

-Traducción: Jorge Ferro

SERMÓN

Resistir la Censura del Mundo 12

-Traducción: Fernando M. Cavaller

ARTÍCULO

Los estudios y la vocación sacerdotal y docente del
joven NEWMAN 18

-Fernando M. Cavaller

PATRÍSTICA

¿Qué dice la Historia de Apolinar? 48

-Traducción: Inés Cassagne



ORACIÓN

Por la beatificación del Cardenal Newman

*Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea
elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de
evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras
concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de
John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre
y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día
entre los Santos de la Iglesia. Amén.*

El gran aniversario Mariano

Este número se dedica en Honor de la Santísima Virgen María, por la conmemoración del aniversario tan significativo que celebramos: los 150 años de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, de la cual fue contemporáneo Newman. Recordemos aquí el texto de aquella definición del Papa Pío IX, proclamado recientemente Beato por el Papa Juan Pablo II:

"Para honor de la Santa e individua Trinidad, para gloria y esplendor de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y aumento de la religión cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, la de los santos apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que sostiene que la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, está revelada por Dios; y, por consiguiente, ha de ser creída firme y constantemente por todos los fieles".

Que la Virgen Inmaculada bendiga a todos los Amigos de Newman en esta gran Solemnidad y los prepare a vivir una cristiana Navidad, ella que fue la criatura más insigne del Adviento, aquella que Dios mismo preparó desde el primer instante de su con-

cepción para recibir la llegada, la presencia, del Salvador de todos los hombres.

Feliz Navidad, y les pedimos, como siempre, que nos apoyen para poder seguir adelante con esta publicación el próximo año 2005. Oremos por la pronta beatificación de nuestro amado Cardenal.



NEWMAN y la INMACULADA CONCEPCIÓN

INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN
FERNANDO MARIA
CAVALLER

1. Newman en los días de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción

Me ha parecido que sería de lo más indicado para este aniversario, incluir algunas referencias que Newman hace en las cartas que escribió esos días de diciembre de 1854. Se encontraba en Dublín. Era allí Rector de la Universidad Católica recientemente fundada a pedido del Episcopado irlandés, a la vez que era Superior de la Comunidad de Oratorianos en Birmingham. Son textos que pueden ubicarlo en torno a aquel gran acontecimiento.

* * *

Carta a John Stanislas Flanagan (sacerdote irlandés, que se hizo oratoriano en 1848)
6 de diciembre de 1854

Mi querido Stanislas:

... Acabo de ver ese detestable artículo en el Times acerca de la Inmaculada Concepción. La fuerza del mismo radica en esto: que hasta ahora siempre han dicho que no atacaban a la religión de los católicos (la doctrina no era nada para ellos), sino a la política, porque seríamos un cuerpo político, porque los conventos tienen súbditos ingleses; pero ahora se trata de una línea nueva, y muestra que es el demonio el que está en el fondo.

[El tercer artículo en importancia del diario *The Times* del 9 de diciembre de 1854 fue un ataque violento, incluso grosero, a la doctrina de la Inmaculada Concepción misma. De la definición decía: "Si se admite esta pretensión del Papa, él puede también suprimir la Biblia entera, y dejar que las doctrinas del cristianismo sean enseñadas de nuevo a su gusto"]

Carta al Arzobispo Cullen, Primado de Irlanda
En la Festividad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María (en latín)
8 de diciembre de 1854

Mi estimado Monseñor:

Mientras está Ud. en San Pedro tomando parte en el acontecimiento más grande del momento, del cual espero que vendrá algún bien tanto para la Universidad [Católica de Irlanda] como para la Iglesia toda, tomo mi lapicera para escribirle, porque Ud. debe estar deseando una carta...

Carta al Padre Wilfrid Faber
30 de diciembre de 1854

Mi querido Padre Wilfrid:

Tengo justo ahora una sugerencia venida de Roma de que deberíamos celebrar en Dublín una Academia [simposio] en honor de la Inmaculada Concepción. Quiero de ti

algunos versos, en inglés o en latín, para la ocasión. Pidiéndotelo en el nombre de María los tendré. Exhálalos cuando te levantes alguna mañana.

P.S.: No es necesario que aparezca tu nombre si te opones.

[El arzobispo Cullen le había escrito el 20 de diciembre, describiéndole la escena de la definición de la doctrina de la Inmaculada Concepción y agregó: "Pienso que sería muy deseable para nosotros tener en Dublín algo semejante a las academias romanas, para conmemorar este gran acontecimiento. Si Ud. pudiera comprometer algunos buenos poetas ingleses (F. Faber, McCarthy, etc.) para escribir sobre el tema, y algunas líneas en griego y latín, y en idiomas modernos, podría hacerse una presentación digna de la nueva Universidad y de la Iglesia de Dublín..."]

* * *

El 16 de marzo de 1855 Faber escribirá a Newman por sugerencia del Cardenal Wiseman, urgiéndole para que escriba sobre la Inmaculada Concepción, porque se decía que ambos conversos y los viejos católicos estaban molestos por la manera en la que había sido definida. Newman escribió un *Memorandum* sobre el tema para Robert Wilberforce, que fue impreso en la edición de las *Meditations and Devotions*, pp 115-28, cuya traducción incluimos en este número, a continuación.



Inmaculada Concepción, Moroder.
Catedral de La Plata.

2. Memorandum sobre la Inmaculada Concepción

Este *Memorandum* fue escrito por Newman para Robert Isaac Wilberforce¹, uno de sus amigos en el Movimiento de Oxford, que había sido Archidiácono y uno de los principales teólogos entre los tractarianos. Se convirtió al catolicismo en 1854, precisamente el año de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Estas páginas fueron una ayuda de Newman para responder a las objeciones de algunos amigos protestantes contra esa doctrina mariana. Las letras del texto en bastardilla son de Newman. El *Memorandum* está seguido por un extracto del Sermón *La reverencia debida a la Virgen María* (*Parochial and Plain Sermons*, Vol II, 12, de 1834) que traducimos en el número anterior de Newmaniana; por ello no lo incluiremos aquí.

Que el *Memorandum* haya sido incluido por William Neville para la edición de las *Meditations and Devotions*, después de la muerte de Newman, se debió al hecho que el mismo Neville explica en la edición: "como una tentativa por acceder al deseo del Cardenal acerca de la instrucción que debía acompañar cada una de las cuatro partes de las Letanías marianas, deseo que él mismo no pudo concretar debido a su continua decepción respecto de la pérdida de ciertas notas que había hecho para ello. Recién cuando se sintió ya demasiado enfermo para empezar a escribir de nuevo, se dio cuenta que las notas no aparecerían más, y entonces recomendó el uso de algunas ya escritas para suplir la falta, mencionando en particular su sermón sobre la anunciación. Esta desilusión impidió asimismo que hiciera la revisión final de las Meditaciones".

Obsérvese, al recorrer el texto, la capacidad apologética de Newman, así como el conocimiento bíblico y patrístico que muestra su argumentación, acompañado todo con cierta fina ironía, tan característica en él cuando se trataba de responder con agudeza a algún tema polémico.

* * *

I

1. Es tan difícil para mí penetrar en los sentimientos de una persona que *entiende* la doctrina de la Inmaculada Concepción, y que aún así le hace objeciones, que desconfío al intentar hablar sobre la materia. Fui acusado de

sostener esa doctrina en uno de los primeros libros que escribí, veinte años atrás². Por otro lado, este mismo hecho puede ser un argumento contra alguien que se oponga, pues ¿porqué no habría sido dificultoso para mí en aquella época si había una dificultad real en aceptarlo?

¹ (1802-1857) autor de *The Doctrine of the Incarnation of our Lord Jesús Christ in its Relation to Mankind and to the Church* (1848), *Sermón The sacramental Sistem* (1850), *The Doctrine of the Holy Eucharist* (1853), *Doctrine of Baptisme, Principles of Church Authority*.

² Se refiere al Sermón del vol. II de los *Parochial and Plain Sermons*.

2. ¿No considera el objetante que *Eva* fue creada, o nació, *sin* pecado original? ¿Por qué *esto* no le choca? ¿Habría estado inclinado a *dar culto* a Eva en ese primer estado? ¿Porqué entonces a María?

3. ¿No cree que San Juan Bautista tuvo la gracia de Dios, es decir, fue regenerado, aún antes de su nacimiento? ¿Qué es lo que creemos de María, sino que esa gracia le fue dada en un tiempo aún anterior? *Todo* lo que decimos es que esa gracia le fue dada desde el primer momento de su existencia.

4. No decimos que ella no le debe su salvación a la muerte de su Hijo. Por el contrario, decimos que, entre todos los hijos de Adán, ella es en el verdadero sentido el fruto y la adquisición de Su Pasión. Él ha hecho por ella más que por ningún otro. A los otros les dio la gracia y la regeneración en un *momento* de su existencia terrenal, pero a ella desde el mismísimo comienzo.

5. No estamos haciendo que su *naturaleza* sea diferente a la de los otros. Aunque, como dice San Agustín, no nos gusta nombrarla al mismo tiempo que mencionamos el pecado, sin embargo, ciertamente ella *habría* sido un ser frágil como Eva *sin* la gracia de Dios. Un don de gracia mucho más abundante hizo de ella lo que fue desde el comienzo. No fue su *naturaleza* que aseguró su perseverancia sino el exceso de gracia que impidió a la Naturaleza actuar como Naturaleza lo hará siempre. No existe diferencia de *especie* entre ella y nosotros, pero sí una inconcebible diferencia de *grado*. Ella y nosotros somos salvados simplemente por la gracia de Cristo.

Por eso, hablando con sinceridad, no veo realmente *cuál* es la dificultad, y quisiera consignarlo claramente en palabras. Añadiré que la exposición anterior no es mía personal. Nunca escuché de ningún católico que haya tenido cualquier otro parecer. Nunca escuché ninguna otra opinión sostenida por alguien.

II

Siguiente cuestión: ¿fue una doctrina primitiva? Ninguna puede añadirse a la revelación, que fue dada de una vez para siempre, pero a medida que pasa el tiempo lo que fue dado de una vez para siempre es comprendido cada vez más claramente. En este sentido, los Padres y Santos más grandes han estado en el error de que, como la materia de la cual hablaban no había sido examinada, y la Iglesia no había hablado, no *hicieron justicia en sus expresiones a su significado real*. Por ejemplo:

1. El Credo Atanasiano dice que el Hijo es "inmenso" (en la versión protestante "incomprehensible"). El obispo Bull³, aunque defiende a los Padres antenicanos, dice que es una maravilla que "casi todos ellos parezcan *ignorar* la invisibilidad y la inmensidad del Hijo de Dios". ¿Pienso que *eran* ignorantes siquiera por un instante? No, pero sí que hablaron *sin consistencia*, porque se estaban oponiendo a otros errores y no se fijaron bien en lo que decían. Cuando el hereje Arrio apareció, y vieron el uso que se hacía de sus propias afirmaciones, los Padres las retractaron.

2. La mayoría de los grandes Padres del siglo cuarto parecen considerar que Nuestro

³ George Bull (1634-1710), Obispo de St. Davis (1705-1710).



Inmaculada Concepción.

Señor en Su naturaleza humana era *ignorante*, y que había crecido en conocimiento, como *parece* decir San Lucas⁴. Esta doctrina fue *anatematizada* por la Iglesia del siglo siguiente, cuando aparecieron los monofisitas.

3. De igual modo, hay Padres que parecen negar el pecado original, el castigo eterno, etc.

4. Además, el famoso término “consustancial” aplicado al Hijo, que está en el Credo Niceno, fue *condenado* por el gran Concilio de Antioquia, donde participaron Santos, setenta años antes. ¿Por qué? Porque ese Concilio entendió algo más por esa palabra.

Ahora bien, en cuanto a la Inmaculada Concepción, estuvo *implícita* en los primeros tiempos, y nunca fue *negada*. En la edad media *fue negada* por Santo Tomás y por San Bernardo⁵, pero tomaron la frase en su sentido diferente del que lo toma ahora la Iglesia. Lo entendieron en relación a la madre de Nuestra Señora, y pensaron que contradecía el texto “pecador me concibió mi madre”, por lo cual *nosotros* no hablamos de la Inmaculada Concepción excepto en relación a María, y la otra doctrina a la que se opusieron Santo Tomás y San Bernardo es realmente herética.

III

En cuanto a la idea primitiva acerca de Nuestra Señora, realmente, el frecuente contraste de María con Eva parece muy fuerte. Se haya en San Justino, San Ireneo y Tertuliano, tres de los primeros Padres, y en tres continentes distintos: Galia, África y Siria. Por ejemplo, “el nudo formado por la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que la Virgen Eva ató por la incredulidad, lo ató la Virgen María por la fe”. Y también, “La Virgen llega a ser la Abogada

⁴ Lc 2, 52.

⁵ La dificultad de San Bernardo venía de la creencia agustiniense de que el pecado original fue transmitido por la concupiscencia en el acto de procrear. Además, era comúnmente aceptado entonces que el alma ‘racional’ era infundida después del alma vegetativa y sensitiva, es decir, algún tiempo después de la concepción. Consiguientemente, era difícil para San Bernardo ver cómo Nuestra Señora pudiese haber sido santificada antes de haber existido como criatura humana (con un alma ‘racional’), pero él mismo se declaró muy dispuesto a aceptar una opinión diferente si fuera declarada por la Santa Sede (Cf. *Epistula* (174) *ad Canonicos Lugdunenses*). Un siglo más tarde, esta dificultad fue superada por Santo Tomás de Aquino, aunque, no veía cómo Nuestra Señora podía haber tenido el privilegio de una concepción inmaculada, por razón de la doctrina de la universalidad de la obra redentora de Cristo. Le parecía que si ella hubiese sido preservada del pecado original, no sería válida la necesidad absoluta y universal de la redención (Cf. *In IV Sent.*, d.43, q.1, a.4, s.1 y 3; *Summa Theologiae*, II, q.27, a.2).

(Paráclito) de la Virgen Eva, de modo que *como* la humanidad había sido ligada a la muerte *por* una Virgen, y *por* una Virgen puede ser salvada, el equilibrio queda preservado, la desobediencia de una Virgen por la obediencia de otra" (San Ireneo, *Adversus haereses*, V.19). Y también, "Así como Eva haciéndose desobediente llega a ser *la causa* de la muerte para ella y para *toda la humanidad*, así María, también, llevando al Hombre predestinado y aún Virgen, siendo obediente llega a ser *la causa de salvación* tanto para ella como para toda la humanidad". Y también "Eva siendo virgen e incorrupta produjo desobediencia y muerte, pero María la Virgen, recibiendo con fe y alegría al Ángel que le anunció, respondió 'Hágase en mí'" etc. Y también, "Lo que Eva no creyó, María lo borró creyendo".

1. Ahora bien, ¿podemos negarnos a ver que, de acuerdo a estos Padres que son los primeros entre los primeros, María fue una *mujer típica* como Eva, que ambas fueron dotadas con gracias especiales, y que María triunfó allí donde Eva falló?

2. Además, qué luz arroja sobre la doctrina de San Alfonso de los dos caminos, de la cual a veces se habla. Tú ves de acuerdo a estos Padres tan antiguos que María *deshace* lo que Eva había hecho, que la humanidad es *salvada por* una Virgen, que la *obediencia* de María llega a ser *la causa de salvación para toda la humanidad*. Por otra parte, el camino diferente por el que María hace esto es puesto de manifiesto cuando es llamada *Abo-gada* por los Padres primitivos. La palabra se usa para Nuestro Señor y para el Espíritu

Santo: para Nuestro Señor como intercesor por nosotros en Su misma Persona, y para el Espíritu Santo como intercesor en los Santos. Este es el camino *blanco*, así como el camino especial de Nuestro Señor es el *rojo*, es decir, el del sacrificio expiatorio.

3. Más aún, qué luz arrojan estos pasajes sobre dos textos de la Escritura. *Nuestra* lectura es "*Ella aplastará su cabeza*"⁶. Ahora bien, este solo hecho de leer "*Ella aplastará*" tiene algún peso, pues ¿*por qué* no sería nuestra lectura, quizás, la correcta? Hagamos la comparación de Escritura con Escritura, y veamos cómo el conjunto es lógico en cuanto lo interpretamos. En el Génesis se habla de una guerra entre una mujer y la serpiente. ¿*Quién* es la serpiente? La Escritura no lo dice en ninguna parte hasta el capítulo veinte del Apocalipsis. Allí al fin, por primera vez, se interpreta que la "serpiente" significa el espíritu maligno. Ahora bien, ¿*cómo* es presentado? Por la visión, *otra vez*, de una Mujer, su enemiga, y, del mismo modo que en la primera visión del Génesis la Mujer tiene una "simiente", aquí tiene un "niño". ¿Podemos ayudar diciendo que, entonces, la Mujer es María en el tercer capítulo del Génesis? Y si es así, y nuestra enseñanza es correcta, la primera profecía dada pone en contraste la Segunda Mujer con la Primera, María con Eva, tal como lo hace San Justino, San Ireneo y Tertuliano.

4. Además, ved la relación directa de esto con la Inmaculada Concepción. Había *guerra* entre la mujer y la serpiente. Esto queda enfáticamente cumplido si ella no tiene nada que ver con el pecado, pues en la medida que alguien peque tiene una alianza con el Maligno.

⁶ Gen 3,15.

IV

Ahora bien, quiero que se vea *porqué* he citado a los Padres y la Escritura. *No para probar* la doctrina, sino para librarla de cualquier monstruosa improbabilidad que pudiera causar *escrúpulos* en una persona para aceptarla, *cuando* la Iglesia la proclama. Un protestante es capaz de decir: "Oh, realmente nunca, nunca podré aceptar semejante doctrina de manos de la Iglesia, y optaría mil veces por afirmar que la Iglesia habló falsamente antes que aceptar que una doctrina tan terrible fuese verdad". Ahora bien, mi buen hombre, *¿por qué?* No estalle en semejante agitación maravillosa como un caballo se espanta sin saber de qué. Considere lo que he dicho. *¿Es ciertamente* irracional, después de todo? *¿Va ciertamente* contra la Escritura? *¿Está ciertamente* contra los Padres primitivos? *¿Es ciertamente* idolátrico? No puedo dejar de sonreír al hacer las preguntas. Mejor aún, *¿no puede decirse algo* en su favor desde la razón, la piedad, la antigüedad, desde el texto inspirado? Usted puede no ver ninguna razón para creer la voz de la Iglesia, puede no haber llegado a creer en ella todavía, pero qué tiene que ver esta doctrina con hacer temblar su fe en ella, si tiene Ud. fe, o con andarse con

rodeos si está comenzando a pensar que *puede* venir de Dios, es más de lo que mi mente puede comprender. Muchas, muchas doctrinas son de lejos más difíciles que la Inmaculada Concepción. La doctrina del pecado original es indefinidamente más difícil. María *no* tiene esta dificultad. *No* es difícil creer que un alma está unida a la carne *sin* pecado original; el gran misterio es que millones y millones nacen con él. Nuestra enseñanza acerca de María tiene una dificultad menos que aquella acerca del estado de la humanidad en general.

Lo digo claramente: puede haber muchas excusas en el último día, buenas y malas, para no ser católicos, pero *una* que no puedo concebir es esta: "Oh Señor, la doctrina de la Inmaculada Concepción era tan despectiva de Tu gracia, tan inconsistente con Tu pasión, tan en desacuerdo con Tu palabra en el Génesis y en el Apocalipsis, tan distinta a la enseñanza de Tus primeros Santos y Mártires, como para tener *derecho* a rechazarla a toda costa, y a Tu Iglesia por enseñarla. Es una doctrina sobre la cual mi juicio privado está completamente justificado al oponerse al juicio de la Iglesia. Y este es mi alegato para vivir y morir como protestante".

Los Elementos

(Coro Trágico)

TRADUCCIÓN
JORGE FERRO

Mucho se le permite al hombre
escudriñar y aprender
en el ámbito de la naturaleza:
hasta que casi puede domesticar
calamidades y tocar
cosas invisibles, y volver en bienes
todos los agresivos males.
Así, como un dios aquí abajo
puede controlar
y armonizar lo que parece fluir fuera de quicio,
y segregarse del todo,
y comprenderse oscuramente.

Pero sobre los elementos
¿una única Mano,
sólo una Mano ejerce un dominio
que incide día a día
con un cerco alherrojante que contiene
al océano impiadoso lanzado
una y otra vez sobre la costa siempre resonante?
¿O quién tiene ojos para rastrear
el camino de la peste?
¿Para anticipar los redobles de la carrera de la
tempestad?
¿O para indagar el peso del aire y de la llama
según una escala establecida?

Así Dios ha querido
que el hombre, cuando plenamente hábil
ande aún a tientas en la penumbra del crepúsculo,
circundado todas sus horas
por lo poderes más temibles,
inflexibles para con él.
De modo que pueda discernir
su debilidad.
Y aun para el éxito terreno
volverse en sabiduría a Aquel
que posee para nosotros las llaves
de una y otra morada,
de la tierra y del mundo por venir.

En el mar, 25 de junio de 1833

The Elements

(A Tragic Chorus)

Man is permitted much
 To scan and learn
 In Nature's frame;
 Till he well-nigh can tame
 Brute mischiefs and can touch
 Invisible things, and turn
 All warring ills to purposes of good.
 Thus, as a god below,
 He can control,
 And harmonize, what seems amiss to flow
 As sever'd from the whole
 And dimly understood.

But o'er the elements
 One Hand alone,
 One Hand has sway
 What influence day by day
 In straiter belt prevents
 The impious Ocean, thrown
 Alternate o'er the ever-sounding shore?
 Or who has eye to trace
 How the Plague came?
 Forerun the doublings of the Tempest's race?
 Or the Air's weight and flame
 On a set scale explore?

Thus God has will'd
 That man, when fully skill'd,
 Still gropes in twilight dim:
 Encompass'd all his hours
 By fearfulest powers
 Inflexible to him.
 That so he may discern
 His feebleness,
 And e'en for earth's success
 To Him in wisdom turn.
 Who holds for us the keys of either home,
 Earth and the world to come.

At sea.
 June 25, 1833

Parochial and Plain Sermons, vol VIII, 10, p. 141-153
 Predicado en St. Mary, Oxford, el 29 de marzo de 1840

Resistir la censura del mundo

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALIER

*Y tú, hijo de hombre, no les tengas miedo, no tengas miedo de sus palabras
 si te contradicen y te desprecian y si te ves sentado entre escorpiones.
 No tengas miedo de sus palabras, no te asustes de ellos, porque son una casa de rebeldía. (Ezequiel 2,6)*

Lo que aquí está implícito, la adversidad del profeta Ezequiel, se cumplió en mayor o menor medida en el caso de todos los profetas. No fueron meramente maestros sino confesores de la fe. No llegaron sólo para desarrollar la Ley o predecir el Evangelio sino para advertir y reprender, y no sólo para reprender sino para sufrir. Este mundo es una escena de conflicto entre el bien y el mal. El mal no sólo evita el bien sino que lo persigue. El bien no puede conquistar sino sufriendo. Los hombres buenos parecen fracasar, su causa triunfa, pero su propio derrumbe es el precio pagado para el éxito de la misma. ¿Cuándo este conflicto y el carácter y resultado del mismo no se ha cumplido? Así fue en el principio. Caín, por ejemplo, estaba envidioso de su hermano Abel, y lo mató. Enoc caminaba con Dios y era un predicador de la virtud, y Dios se lo llevó. Ismael se burló de Isaac. Esaú se llenó de ira contra Jacob y resolvió matarlo. Los hermanos de José se llenaron de odio implacable, planearon matarlo, lo tiraron a un pozo, y finalmente lo vendieron mandándolo a Egipto. Más tarde, de igual modo, Cora, Datán y Abirán se levantaron contra Moisés. Y más tarde aún, Saul persiguió a David, y Ajab y Jezabel persiguieron a Elías, y los sacerdotes y profetas al profeta Jeremías. Por último, para no extenderme en otros ejemplos, los principales sacerdotes y fariseos, llenos de envidia, se levantaron contra Nuestro Señor Jesucristo, y le enviaron al gobernador pagano Poncio Pilato para ser crucificado. Después de Él, también los Apóstoles, especialmente San Pablo, fueron perseguidos por sus feroces y vengativos compatriotas. Y por el modo como habla el mismo San Pablo sobre el tema podemos inferir que siempre será así: "Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones" (2 Tim 3,12), o, como dice después de referir la historia de Isaac e Ismael, "Así como entonces el nacido según la naturaleza perseguía al nacido según el espíritu, así también ahora" (Gal 4,29), y ciertamente vemos que esto se cumple en sus medidas ante nuestros ojos hasta el día de hoy. De aquí que Nuestro Salvador, para consolar a quienes sufren por su causa, dice misericordiosamente, "Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el Reino de los cielos" (Mt 5,10).

El caso parece ser éste. Aquellos que no sirven a Dios con sencillo corazón saben que deben hacerlo, y no quieren que se les recuerde que deben. Y cuando se encuentran con alguien que vive para Dios, éste de por sí se los recuerda, y como les disgusta es la primera razón por la que están enojados con el hombre religioso, cuya sola vista les perturba e inquieta. En segundo lugar, sienten en sus corazones que él está en mucho mejor situación que ellos. No pueden evitar el deseo, aunque son difícilmente conscientes de su propio deseo, de ser como él, aunque no tienen la intención de imitarlo, y esto los hace celosos y envidiosos. En vez de estar enojados con ellos mismos se enojan con él.

Estos son sus primeros sentimientos. ¿Qué sigue después? Están muy tentados de negar que él *sea* religioso. Quiéren dejar de pensar en él. Nada les aliviaría tanto sus mentes como encontrar que no existen personas religiosas en el mundo, nadie mejor que ellos mismos. Por eso, hacen todo lo que pueden por creer que él presume de religioso, y hacen lo imposible por encontrar lo que pueda parecer en él inconsistente. Le dicen hipócrita y otras cosas. Todo esto, si hay que decir la verdad, es porque odian las cosas de Dios y, por tanto, odian a Sus siervos. En consecuencia, tanto como tengan poder para hacerlo, lo persiguen, ya sea con palabras crueles, como el texto lo dejar entrever, o con miradas frías, feroces o celosas, o de maneras aún peores. Un hombre bueno es una ofensa para uno malo. Verlo es una suerte de insulto, le irrita y le lleva a herirlo como puede. Es por eso que los cristianos, en los primeros tiempos, eran condenados a muerte por los paganos. Como Abel en manos de Caín, Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, en manos de los judíos, y San Pablo de los paganos, así, muchos después de él fueron condenados a morir también, y con los tormentos más crueles. No estaría bien describir las horribles aflicciones que los hijos de Dios soportaron de manos de los hijos de la carne, pero tenemos alguna alusión de lo que ocurrió en la primera época en un pasaje de la carta a los Hebreos, del cual podéis juzgar acerca de las pruebas más crueles que los siguientes cristianos padecieron: "...otros soportaron burlas y azotes, y hasta cadenas y prisiones: fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de lo que no era digno el mundo!, errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra" (Heb 11, 36-38).

¡Gracias a Dios vivimos en tiempos en que esto no tiene lugar! Hasta ahora, al menos, Él nos ha cuidado de modo maravilloso. Si algún mal hombre hace algún daño serio a un hombre religioso, sabe que tendría algún castigo según la ley del país. Las personas religiosas están protegidas hoy de grandes persecuciones¹, y no son lo suficientemente agradecidas por ello. Lo máximo que pueden llegar a sufrir por parte del mundo es nada comparado con lo que sufrieron los hombres de la antigüedad. Aún así, San Pablo habla de los sufrimientos de ellos y de los suyos propios como "nuestra ligera aflicción", y si sus sufrimientos eran livianos comparados con la gloria que se seguiría después de la muerte, mucho más livianos son los nuestros, para quienes no podemos experimentar la persecución, y en el mejor de los casos solamente sufrir inconvenientes muy leves por servir a Dios fielmente. Sin embargo, es totalmente cierto

¹ Newman escribe en 1840 y en Inglaterra, en pleno progreso y paz del imperio británico, aunque poco antes se había desatado en Francia la persecución de la Revolución francesa. No podía él saber que el siglo XX sería un escenario trágico sembrado de mártires.

que, aún hoy, ningún hombre puede rendir su mente a Dios y mostrar por sus actos que le teme, sin provocar el disgusto y la oposición del mundo. Y es importante que esté prevenido de esto, y preparado para ello. No debe molestarle, debe soportarlo, y a su debido tiempo (si Dios lo quiere) lo vencerá.

Existen modos menores por los cuales las personas impías y negligentes pueden molestar y causar inconvenientes a aquellos que quieren cumplir con su deber humilde y plenamente. Son especialmente aquellos del texto, la censura cruel, la crítica, la difamación, el ridículo, la mirada fría, el lenguaje rudo, el insulto, y, en algunos casos, la opresión y la tiranía. Quienquiera que lleve una vida religiosa debe estar preparado para estas cosas, debe agradecer si no le doblegan, pero no debe desconcertarse, no debe pensar que es algo si lo hacen.

Queridos hermanos, fijaos en esto. Al mandaros resistir los reproches a causa de Cristo, no estoy ordenando algo que yo, como ministro vuestro, no quiera practicar. No, es lo que todos los ministros de Cristo están obligados a practicar, pues en todas las épocas, ¿a *quién* pensáis vosotros que el mundo ataca y se opone primero? A los ministros de Cristo, por supuesto. ¿Quién puede posiblemente ofender este mundo malo como aquellos cuyo mismo oficio es recordar al mundo sobre Dios y el cielo? Si todas las personas serias disgustan al mundo porque le presentan verdades desagradables, que olvidarían de buena gana si pudieran, esta prueba se aplica aún más a aquellos cuya misma profesión y negocio es hacer recordar a los hombres las verdades de la religión. Un hombre religioso no intenta recordárselas a sus vecinos, sigue su propio camino, pero ellos lo ven y no pueden evitar que les haga recordar. Ven que tiene buena conducta, que es sobrio, reverente y responsable, que nunca cae en excesos, que nunca usa un mal lenguaje, que es metódico en sus oraciones, en su asistencia a la Iglesia, en recibir el Santísimo Sacramento. Ellos ven todo esto, lo quiera él o no, les está recordando sus obligaciones, y como no les gusta acordarse les disgusta aquél que se las recuerda. Pero si esto es así en el caso de hombres comunes que quieren continuar una vida religiosa sin hacer ninguna profesión de ello, ¿qué pensáis que pasará con nosotros, ministros de Cristo, cuyo mismo deber es hacer de ello una profesión? Cada cosa acerca de un clérigo es una advertencia a los hombres, o debe serlo, acerca del mundo venidero, de la muerte y del juicio, del cielo y del infierno. Su misma vestimenta es un recuerdo. No viste como los otros hombres. Sus hábitos de conducta son un recuerdo. Su manera de hablar es más grave que la de otros. Sus obligaciones también son un recuerdo. Se lo ve en la iglesia leyendo oraciones, bautizando, predicando, o es visto enseñando a los niños, o en obras de caridad, o estudiando. Su vida está entregada a objetivos invisibles. Todo lo que hace intenta recordar a los hombres que el tiempo es breve, la muerte es cierta, y la eternidad larga.

Y si esto es así, ¿pensáis que a los hombres, siendo como son en su mayoría, negligentes e irreligiosos, les gusta? No, y menos aún si él continúa señalándoles sus errores y culpas, y refrenarlos, si puede. Y por eso, en todas las épocas encontraréis que el mundo ha resistido y ha hecho lo máximo para deshacerse de los predicadores del arrepentimiento y la santidad. Ape- dreó a Moisés, arrojó a Daniel al foso de los leones y a los tres jóvenes al horno ardiente, a San Pablo lo decapitó, a San Pedro lo crucificó, a otros los quemó, a otros los torturó hasta morir. Y así continuó por muchas generaciones. Pero como ya dije, al final las personas religiosas han sido protegidas poco a poco de la persecución por la ley del país, y los ministros de Cristo entre

ellos. Y el mundo ha venido a ser más humano y generoso, si bien no más religioso, y Dios es soberano sobre todos. Pero aunque el diablo no puede perseguirnos hace lo que puede por oponerse. Ciertamente es así, porque nadie puede mirar las publicaciones del momento sin tener una prueba de ello; nadie puede ir a los lugares donde la gente se reúne para un refrigerio, o para una recreación, sin escucharlo; nadie puede andar por la calle sin ser testigo a veces de ello. A los ministros de Cristo se les pone mote, se dicen mentiras de ellos, y son ridiculizados, y los hombres se alientan unos a otros para oponérseles y defraudarlos. ¿Y por qué? Por esta simple razón: porque son los mensajeros de Dios, y los hombres en general no quieren que se les hable de Dios. Dicen que pueden hacer suficiente bien sin los ministros de Cristo, lo cual significaba realmente que quieren vivir sin Dios en el mundo.

Tal es la parte que nos toca a los ministros de Cristo por vocación, y, entonces, cuando os pedimos que os preparéis para la oposición del mundo no os estamos llamando a nada que nosotros mismos no asumamos. Es bueno que en todas las cosas podamos hacer primero lo que os mandamos hacer a *vosotros*. No hay tentación o tribulación que tengáis que en su género no tengamos que resistir nosotros, o al menos que no quisiéramos resistir, tanto como es lícito descartarlo. San Pablo dijo a ciertos paganos: “nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros” (Hech 14,15). San Pablo y los Apóstoles, y todos los ministros de Cristo después, son de la misma naturaleza de otros hombres, tienen que pasar por lo que otros hombres pasan, sufrir dolor, pena, luto, ansiedad, desolación, privaciones, y tienen necesidad como ellos de paciencia, buen humor, fe, esperanza, contentamiento, resignación, firmeza, soportar bien todo lo que venga. Pero más que otros hombres son llamados a cargar con la oposición del mundo. Tienen que aguantar ser ridiculizados, calumniados, maltratados, sobrepasados, que se les tenga antipatía. Todo esto no es agradable naturalmente, más de lo que pueda ser para otros, pero ellos saben que debe ser así, que no pueden cambiarlo, y aprenden resignación y paciencia. Esta es la paciencia y la resignación es la que os exhorto a apreciar, hermanos, cuando el mundo os desprecia por vuestra religión, y llevar vuestra cruz suavemente, con alegría y mansedumbre, no con pesimismo, tristemente, o quejósamente.

Por ejemplo, hay personas que pueden presionaros a realizar algo que sabéis que está mal, a decir una mentira, o a hacer algo deshonesto, o a andar en compañías con las que no debéis estar, y pueden mostrar que están fastidiados ante la idea de que vosotros no accedáis. Pero no debéis acceder, no debéis hacer lo que está mal aunque debáis disgustar aún a aquellos a quienes quisierais complacer más.

Una vez más: no debéis sorprenderos si os encontráis con que os llaman hipócrita, y os ponen otros mote. No debéis inquietaros. Tenéis que ser insultados y burlados por vuestro trato, por ser estrictos y religiosos, por venir concienzudamente a la iglesia, por guardaros del mal lenguaje, y cosas semejantes. No os preocupéis. Tendréis, quizás, que descubrir con gran aflicción que hay personas que dicen a la ligera mentiras sobre vosotros a vuestras espaldas, que lo habéis hecho ha sido mal interpretado, y que en consecuencia se creen una cantidad de cosas malas acerca vuestro en todas partes. Aunque parezca duro no debéis preocuparos por ello, recordando que más mentiras fueron dichas de Nuestro Salvador y de sus Apóstoles de las que podría decirse de vosotros. Podéis descubrir que no sólo el común de los hombres cree lo que se dice de contra vosotros, sino aún aquellos con quienes deseáis estar bien. Pero si esto pasa por



Profeta Ezequiel, Miguel Ángel, Capilla Sixtina.

vuestra conciencia no debe importaros, sino estar alegres, dejando vuestra causa en manos de Dios, sabiendo que Él traerá todo a la luz un día u otro, en el buen momento Suyo. Podrá haber personas que traten de amenazaros o asustaros para que hagáis algo malo, pero no debéis hacer caso, sino permanecer firmes.

De muchas maneras sois llamados a soportar el maltrato del mundo, o a resistir sus intentos de apartaros de Dios, pero debéis permanecer firmes, y no sorprenderos de que lo hagan. Debéis considerar que es vuestra verdadera vocación soportar y resistir. Es lo que ofrecéis a Dios como una suerte de correspondencia a Su gran misericordia. ¿No ha pasado Cristo por vosotros mucho más de lo que podríais estar llamados a pasar por Él? Ha cargado Él, que no tenía pecado, la cruz más amarga, y vosotros que sois pecadores, ¿vaciláis en soportar esas pobres tribulaciones y pequeños inconvenientes?

En conclusión, lo que he dicho me lleva a dos cuestiones sobre las que os pido prestar atención:

Primero, no estéis muy ansiosos de suponer que sois maltratados a causa de vuestra religión. Aclarad las cosas tanto como podáis, y guardaos de ser severos con aquellos que llevan vidas negligentes, o que pensáis o sabéis que os maltratan. No insistáis en tales asuntos. Quitad la mente de ellos. Evitad toda tristeza. Sed gentiles y agradables con aquellos que son perversos y, si Dios quiere, los ganaréis muy frecuentemente. Debéis rezar por aquellos que son negligentes, y especialmente si son antipáticos con vosotros. ¿Quién sino Dios puede escuchar vuestras oraciones, cambiar sus corazones y llevarlos hacia vosotros? Haced todo por ellos menos imitarlos y rendiros a ellos. Este es el verdadero espíritu cristiano, ser mansos y amables en los malos tratos, alegres en la difamación, perdonando a los enemigos, y callando en medio de las lenguas airadas.

Segundo, recordad que no podéis hacer ninguna cosa de las que he venido hablando sin la ayuda de Dios. Cualquiera que intente resistir al mundo o hacer otras cosas buenas por su propia fuerza fallará ciertamente. *Podemos* hacer cosas buenas, pero cuando Dios nos da fuerza para hacerlas. Por ello, debemos orar pidiéndole esa fuerza. Cuando somos tentados de cualquier modo debemos levantar nuestros corazones a Dios. Debemos decirle, “Señor, líbranos”. Cuando Nuestro Señor estaba por partir prometió a Sus discípulos un Consolador en lugar Suyo. Fue el Espíritu Santo, que está aún entre nosotros, aunque no le vemos, como Cristo estaba con los Apóstoles. Ha venido para iluminarnos, para guiarnos en el recto camino, y al fin llevarnos a Cristo en los cielos. Y bajó, como su nombre Consolador lo indica, para estar presente, confortar, y fortalecer a aquellos que están en cualquier tribulación, particularmente por parte de los hombres irreligiosos. Cuando Cristo se fue, los discípulos tuvieron que atravesar muchas tribulaciones, y entonces Él los confortó con la llegada del Espíritu Santo y Eterno, la tercera Persona de la Santísima Trinidad. “Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo! yo he vencido al mundo”, les dijo (Jn 16,33). Entonces, cuando las personas religiosas están desanimadas o de algún modo apenadas ante las dificultades que el mundo pone en su camino, cuando desean seriamente hacer los que deben, aunque sientan cuán débiles son, recuerden que “no se pertenecen” sino que han sido “compradas por un precio”, y los lugares y templos donde habita el Espíritu misericordioso.

Por último, estoy bastante seguro de que ninguno de nosotros, aún el mejor, ha resistido al mundo como deberíamos haberlo hecho. Nuestras caras no han sido de piedra, hemos tenido miedo de las palabras de los hombres, y temblado ante sus miradas, y a veces nos hemos rendido a ellos contra nuestro mejor juicio. Tenemos que imaginar, en verdad, que el mundo pueda hacernos daño mientras guardamos los mandamientos de Dios. Examinemos nuestras conciencias, miremos nuestro pasado. Tratemos de purificar y limpiar nuestros corazones ante la mirada de Dios. Pidamos seriamente a Dios que nos enseñe más simple y claramente cuál es nuestro deber. Pidámosle que nos dé un corazón para amarle, y verdadero arrepentimiento por lo que pasó. Pidámosle que nos enseñe *cómo* confesarle ante los hombres, para que no le neguemos ahora y tenga Él que negarnos ante los Ángeles de Dios en la otra vida.

Los estudios y la vocación sacerdotal y docente del joven NEWMAN

FERNANDO MARÍA CAVALLER

I. EALING: EL HOGAR DE LA PRIMERA CONVERSIÓN

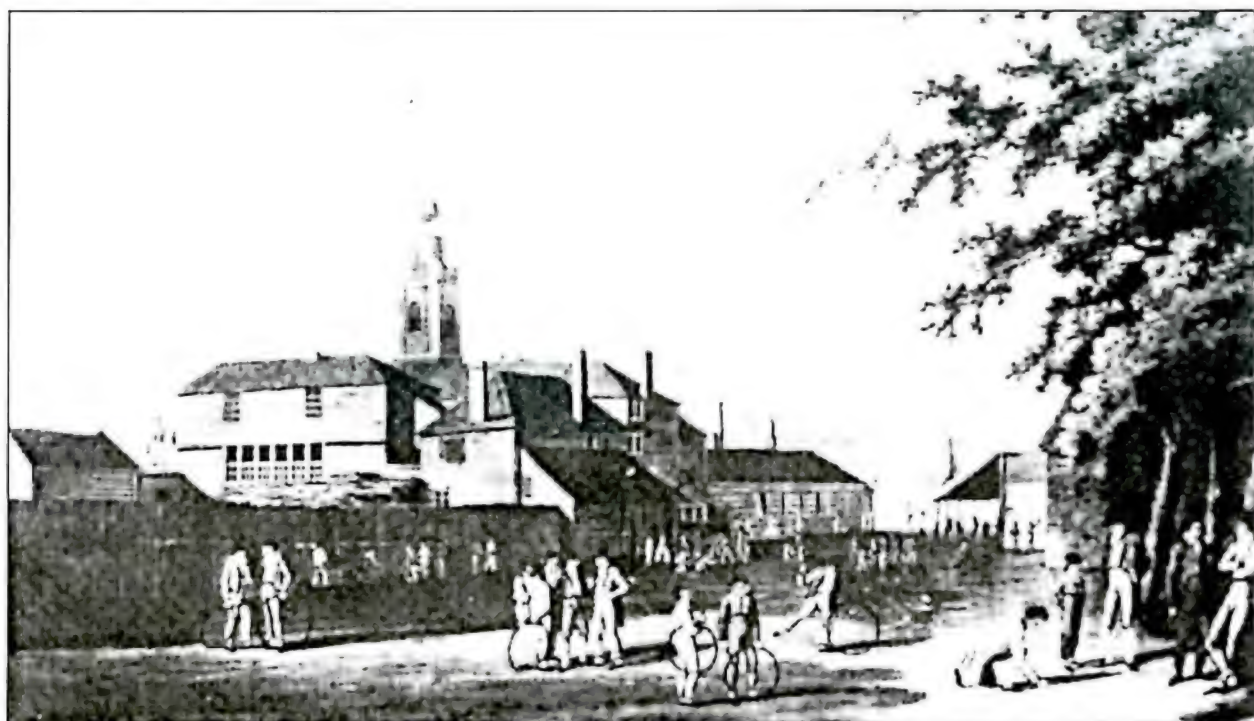
Cerca de Ham, aquel lugar de veraneo de la familia Newman, estaba la escuela de Ealing, muy cerca de Londres. Era un prestigioso instituto privado. Allí ingresó John Henry en 1808, a los siete años, y permaneció hasta los quince. Ealing contaba con unos trescientos niños, bajo la dirección competente del Reverendo George Nicholas, quien solía decir que *ningún alumno había avanzado en la escuela, desde la base hasta la cúspide, tan rápidamente como John Newman*, según cuenta el mismo Newman en sus escritos autobiográficos ¹.

John fue siempre muy aficionado a la música. Cuando tenía diez años su padre le regaló un violín. El Dr. Nicholas daba veladas musicales y una vez descubrió al muchacho escuchando en la puerta. Lo hizo entrar. El instrumento fue inseparable de su vida. Aparece tocando el violín cuando se le anuncia en 1822 que ha sido elegido "fellow" de Oriel, y en Oxford y Littlemore hacía tiempo para tocar junto al piano, sonatas de Beethoven, su compositor favorito. En Birmingham enseñará canto y dirigirá los coros de los alumnos, y participará activamente en los famosos Festivales,

que hasta hoy son uno de los acontecimientos anuales en la vida musical inglesa y aún europea y universal. Descubrió en el arte de la música un signo más de ese mundo invisible velado por el mundo visible, en este caso, manifestado en los sonidos. No es casual que haya elegido, después de su conversión, la vida oratoriana: entre sus características impresas por su fundador, San Felipe Neri, estaba la dedicación a la música sacra. El nombre "Oratorio", que designa una de las formas musicales religiosas, nació justamente entonces. Todo este desarrollo tuvo sus comienzos en aquellos años infantiles y juveniles de Ealing. El violín de Newman se conserva en el Oratorio de Birmingham.

Pero, como ya se dijo, Newman era aventajado en todos sus estudios. A los quince años ya estaba en el nivel superior, recitando en griego (leía el Evangelio en griego), escribiendo poesía latina y representando comedias en latín. En cierta oportunidad lo hizo delante del Duque de Kent. Más tarde, en Birmingham, introduciría estas actividades para los alumnos de su escuela, que no olvidaban el vigor con que dirigía los ensayos con más de sesenta años. En Ealing aprendió a

¹ A.W., 29.



Escuela del Dr. Nicholas en Earling.

montar a caballo y en su diario hace referencias a baños en el río y largas caminatas, aunque no era afecto a los deportes. En una oportunidad, a los quince años, intentó dar la vuelta a la isla de Wight remando en bote. Fue el cabecilla de un grupo secreto y el director de una especie de periódico llamado *El espía*. Se conserva un caricatura donde aparece Newman, representado con una gran nariz (pues la tenía prominente). Como no tenía oposición escribió otra publicación denominada *El antiespía*. Las dotes de articulista que nacieron entonces se desarrollaron: será editor del *British Critic* desde 1838 a 1841, y director del *Rambler* en 1859.

En marzo de 1816 quebró el banco del padre de Newman. La familia, que se mudaba en el otoño a Alton, dejó a John durante el verano en la escuela de Ealing. Allí se enfermó y tuvo que pasar varios días en la enfermería con fiebre, que recordaría como experiencias *terribles, que sólo Dios sabe*. Había leído obras de

Paine sobre el Antiguo Testamento y algunos ensayos de Hume, todos libros escépticos. También copió versos en francés, de Voltaire, que negaban la inmortalidad del alma, y dice en la *Apología*: *me decía a mí mismo algo así como "¡Qué espantoso, pero qué probable!"*. En este marco ocurrió el gran cambio, que siempre recordará como su primera conversión. *A mis quince años (en el otoño de 1816) un gran cambio hubo lugar en mi pensamiento. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que, por la misericordia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido*. No fue una experiencia emotiva y repentina; Newman la hace durar desde agosto hasta diciembre. La influencia fue de un pastor evangélico, pero la conversión en sí no fue evangélica, pues por el contenido era ya netamente dogmática. Hubo una influencia personal: *El instrumento humano de este comienzo de fe divina en mí fue el excelente varón, muerto tiempo ha, reverendo Walter*

Mayers, de Pembroke College, Oxford; pero mayor que el efecto de sus conversaciones y sermones fue el de los libros que puso en mis manos, todos de la escuela de Calvino².

Uno fue una obra de Romaine de la cual aceptó la doctrina de la perseverancia final, creyendo que la conversión interior de que tenía conciencia perduraría en la vida futura y que estaba escogido para la vida eterna. Este pensamiento dice haberle confirmado en las imaginaciones de niños acerca de la desconfianza en la realidad de los fenómenos materiales, de modo que concentró sus pensamientos *en dos seres y sólo dos seres absoluta y luminosamente evidentes: yo mismo y mi Creador*³.

Las otras obras fueron de Thomas Scott, escritos que impresionaron más que ninguno su espíritu, tanto que deseaba visitarlo personalmente. Leyó de Scott *La fuerza de la verdad*, y admiraba en él que *seguía a la verdad dondequiera lo llevara*. No se puede dudar que este pensamiento quedó grabado para siempre en la mente de Newman, y fue la guía de toda su vida. Scott, efectivamente, había pasado del unitarianismo (monoteísmo absoluto al estilo del Antiguo Testamento) a la fe en la Santísima Trinidad. Newman dice: *él fue el primero que imprimió profundamente en mi alma esta verdad fundamental de la religión, y que, con ayuda de los Ensayos de Scott y de la admirable obra de Jones de Nayland reuní una colección de textos de la Escritura para probar esta doctrina, con observaciones de mi propio caletre... y pocos meses después recogí una serie de textos para apoyar cada uno de los versículos*



Violín del Cardenal Newman.

del símbolo atanasiano. Admirar ver a un muchacho de dieciséis años con estas inquietudes. Efectivamente algo muy grande había ocurrido en él. Dice que también llevaba en la memoria lo que consideraba lo fundamental de la doctrina de Scott: *“La santidad antes que la paz”, y “El crecimiento es la única prueba de la vida”*⁴.

Otras dos obras leyó por entonces, la *Historia de la Iglesia* de Joseph Milner, y un escrito de Newton sobre las profecías, *obras contrarias entre sí que echaron en mí los gérmenes de inconsistencias intelectuales que me inhabilitaron durante muchos años*. La de Newton afirmaba que el Papa era el anticristo predicho por el profeta Daniel, San Pablo y San Juan, y ya vimos como esta idea le afectó hasta 1843, pero en Milner encontró la religión de los primeros cristianos, los orígenes, encontró a los Santos Padres. *Poco me costó enamorarme de los largos extractos de San Agustín, San Ambrosio y otros Padres que allí encontré*⁵. De modo

² Apo., 3-4.

³ Apo., 4.

⁴ Apo., 5.

⁵ Apo., 6-7.

que en Ealing se inician esas lecturas patrísticas que, más tarde y con más estudios y profundidad, lo llevarán hasta la Iglesia de Roma.

En este singular otoño de 1816 Newman tuvo otra *impresión profunda*, que decidirá toda su existencia futura: *era voluntad de Dios que llevara vida célibe*. Cuando Newman usa el término *impresión*, lo hace para definir algo más profundo que un simple razonamiento, se trata de una verdadera intuición, más allá de la conciencia psicológica. Dice en la *Apología*, que seguimos citando: *Este presentimiento, que se mantuvo en mí desde entonces casi continuamente, con intervalos de un mes que otro, hasta 1829 y, a partir de entonces, sin intervalo alguno, estaba en mi mente más o menos en conexión con la idea de que la vocación de mi vida entrañaba el sacrificio que supone el celibato; por ejemplo el trabajo misional entre los paganos, a que me sentí inclinado durante algunos años. Ello acreció mi sentimiento de separación del mundo visible de que he hablado anteriormente*⁶.

Aquí tenemos los principales elementos que influirán en el futuro de Newman, aparecidos en estos pocos meses de su adolescencia: el principio dogmático de la religión, la santidad personal, la seriedad de una relación personal entre él y Dios, la fe trinitaria, el sentido del desarrollo o crecimiento como prueba de lo que es vital (de lo histórico), la convicción de la realidad del mundo invisible (principio sacramental), la enseñanza de los Santos Padres y el amor por la antigüedad cristiana, y finalmente la consagración personal en la vida célibe, que signará su sacerdocio anglicano y católico.

1816 es el primer hito trascendente en la vida de Newman, acompañado, como todos los siguientes, por el dolor o la enfermedad. En una carta de 1885, setenta años después, dice refiriéndose a sí mismo que *es difícil percibir o imaginar la identidad del joven adolescente antes y después de agosto de 1816*⁷. En diciembre fue matriculado en el Trinity College de la Universidad de Oxford. Habían pasado los años de escuela. De la primera conversión llegaría con el tiempo a la segunda.

II. OXFORD: EL HOGAR DE LA VOCACIÓN SACERDOTAL Y DOCENTE

Según nos dice el P. Morales, "Oxford constituía en los comienzos del siglo XIX, por ambiente social y estatutos legales, un santuario intelectual y un coto religioso de la Iglesia de Inglaterra. Su tranquila sede, una población que no alcanzaba los veinte mil habitantes, podía ser denominada sin exageración alguna la *ciudad santa del*

Anglicanismo. Aventajaba en este aspecto al carácter de la Universidad de Cambridge, sensiblemente más inclinada, por diversos motivos, a relajar vínculos tradicionales y atenuar observancias religiosas. Ambos centros universitarios, de larga historia y tradición venerable, eran a principio de siglo los dos únicos existentes en Inglaterra"⁸.

⁶ Apo., 7.

⁷ L.D., XXXI, 31. (1885).

⁸ Cfr. J. Morales, John Henry Newman (1801-1890), Rialp, Madrid, 1990, 18.



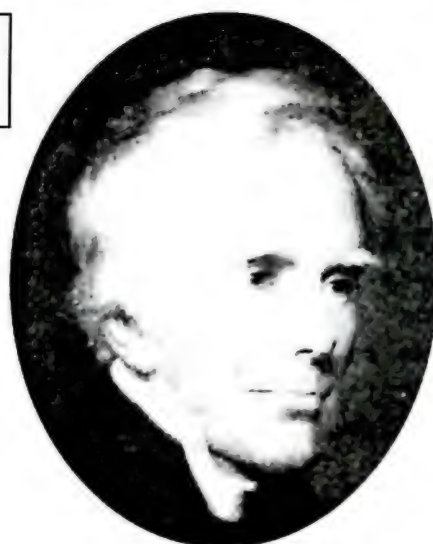
Capilla de Trinity College.

La Universidad de Oxford fue fundada en el siglo XII, y con resistencia aceptó la reforma de Enrique VIII en 1534, adquiriendo su condición de anglicana por ley del Parlamento en 1571. Esto significaba que tanto los directivos y docentes como los alumnos, estaban obligados a suscribir a su ingreso a los Colleges, los *Treinta y nueve Artículos* que constituyen el Credo anglicano. Esta exigencia desapareció en 1871. Era, por tanto, una Universidad confesional, donde se formaba, junto al alumnado común, el clero anglicano. Newman decidiría en sus claustros su vocación y recibiría la ordenación de manos del Obispo anglicano de Oxford.

La Universidad se regía desde 1634 por los estatutos del arzobispo Laud, a quien ya hicimos referencia como uno de los grandes teólogos del anglicanismo, ejecutado por el puritanismo de Oliverio Cromwell en 1645. La Universidad se componía de los Colleges y de la institución universitaria propiamente dicha. Las enseñanzas se impartían en los Colleges, aunque la Universidad como tal también tenía que ver con la investigación y docencia, si bien lo común era gobernar lo académico, exámenes y colaciones de grado, y encargarse de las bibliotecas y laboratorios. Los Colleges, que en 1800 eran 19, eran corporaciones autónomas que tenían estatutos propios, de modo que tendían a ser particularistas. El más antiguo era el University College, fundado en 1249. Junto a los Colleges estaban los Halls, menos importantes. En época de Newman había cinco. La máxima autoridad académica de la Universidad residía en la *Convocation*, asamblea formada por todos los miembros docentes, que promulgaba decretos y estatutos, y estaba sujeta al poder del parlamento, en el que la Universidad estaba representada por dos diputados. Después de la *Convocation*, estaba el *Hebdomadal Board*, órgano ejecutivo de aquella, y compuesto del vicescanciller, los presidentes (*provosts*) de Colleges y Halls y los dos *proctors* (cargo disciplinar y administrativo).

Aquí llegó el joven Newman en 1817 para ingresar en el Trinity College. Oxford sería el lugar determinante de su vida. En noviembre de ese año recibe su primera comunión en la capilla del Trinity. Era un ejemplo de *evangélico*, estudiosísimo y apartado de diversiones. Muchas cosas las sabemos por su Diario personal. En 1818 obtuvo una beca, que le permitirá continuar sus estudios en Oxford después de la quiebra de su padre.

Izq.: John Keble.
Der.: Edward Bouverie
Pusey.



En noviembre de 1820 se presenta a rendir los exámenes para el grado de Bachiller en Artes. Escribe a su hermano Frank: *Mi diaria y sincera oración es no obtener honores en el examen si van a suponer para mí la más ligera causa de pecado. A medida que el tiempo se aproxima y he trabajado más sobre los libros, la prueba se me hace mayor*⁹. Cuando finalmente se presenta, llamado antes de lo previsto, tiene una crisis nerviosa y no es capaz de contestar a todas las preguntas de los examinadores, ni en los clásicos ni en matemáticas. Obtiene su diploma pero con un fracaso. Estos agotamientos seguidos de períodos de franca recuperación serán una constante en la vida de Newman, una cruz. Pero siempre restablecía su energía. En medio de los problemas económicos de su familia, dando clases particulares, no se desanima y decide aspirar a una *fellowship* (miembro docente) en el prestigioso Oriel College.

El Oriel había sido fundado en 1326 por Adam de Brome, y era en época de Newman el más empeñado en la reforma educativa iniciada a fines del siglo XVIII. Allí estaban

muchos de los grandes hombres de Oxford: Hawkins, Whately, Hampden, Copleston, y sobre todo John Keble. Sólo había dos vacantes para *fellow*. Es el 6 de abril de 1822. Las pruebas duran cinco días, y suponen escribir un ensayo en latín, otro en inglés, traducción al latín, preguntas de filosofía, matemáticas y lógica. El 12 de abril, mientras estaba tocando su violín, el mayordomo del *Provost* (Rector) del Oriel le anuncia "la desagradable noticia" (tal el estilo inglés del mensaje) de haber sido elegido. Corre hacia el *Common Room* del Oriel, donde encuentra a aquellos hombres, que eran ahora sus pares, y estrecha la mano de Keble.

La vida de Newman está acompañada en Oxford por amigos entrañables, formadores algunos, discípulos otros. John Keble era ya célebre cuando Newman llega a Oriel, hombre de la Iglesia anglicana, profundamente religioso, de gran erudición y talento poético, ordenado presbítero en 1816, elegido *fellow* de Oriel a los 19 años y *Tutor* a los 20, vinculado al partido conservador (*tory*), pero no político, gran educador y pastor, había reunido en torno a sí un gran número de dis-

⁹ L.D., I, 82-83.



Iglesia de St. Clement's.

cíbulos. Edward Hawkins era, además de *fellow*, Vicario de la iglesia universitaria de Santa María, Richard Whately sería más tarde arzobispo de Dublín, Renn Hampden, titular de la Cátedra real de Teología, y Edward Copleston, *Provost* de Oriel, sería Obispo de Llandaff. Formaban el grupo filosófico más destacado de la Universidad, llamados *noéticos* irónicamente por los que decían que Oriel "apestaba a lógica". Un nuevo *fellow* será elegido en 1823, que tendrá gran importancia en la vida de Newman, se trata de Edward Pusey, hombre de ilustre familia, inteligente y devoto. El único evangélico era Newman, con su teología calvinista y tendencia proselitista. El clima general era racionalista, y Newman prefería el trato con Keble y Pusey.

Hasta ahora no había tomado ninguna decisión definitiva sobre su porvenir, que su padre deseaba fuera el de abogado, pero en enero de 1822 toma una resolución: *Mi padre me dijo esta mañana que debo decidir lo que voy a ser... Y he decidido. Mi determinación es la Iglesia. Es, gracias a*

*Dios, aquello por lo que he rezado*¹⁰. La decisión de recibir las Órdenes anglicanas y ser presbítero de la Iglesia de Inglaterra no disminuía sino que aumentaba sus perspectivas académicas, y era también una posibilidad de contribuir al sostenimiento de la familia. En junio de 1823 consigue el grado de *Master* en Artes y comienza a asistir a las clases de Teología a cargo de Charles Lloyd, luego Obispo de Oxford. Por entonces, Newman piensa en ser misionero, y su imaginación apostólica lo lleva hasta Asia y África, para lo cual busca información en la Church Missionary Society. Su Evangelismo lo lleva a hacerse miembro de la Bible Society. Oxford no fue sólo la cuna de su formación intelectual sino la de su vocación al sacerdocio.

El 13 de junio de 1824 es ordenado diácono. Su diario dice: *Ya pasó. Soy tuyo, Oh Señor. Parezco algo aturdido, y no puedo creerlo y entenderlo del todo. Al comienzo, cuando me fueron impuestas las manos, mi corazón se estremeció. Las palabras "para siempre" son tan terribles... Señor no te pido comodidad en comparación con la santidad... Tengo la responsabilidad de las almas sobre mí hasta el día de mi muerte*¹¹.



Oriel College.

¹⁰ A.W., 180.¹¹ A.W., 200-201.

Comienza a desempeñar su labor en la iglesia de San Clemente. Predica su primer sermón en Overworton, parroquia de Walter Mayers, aquel hombre providencial en su primera conversión. El sermón trata sobre el bautismo, no como mero simbolismo sino como instrumento eficaz de gracia y renovación. Es desde el principio un verdadero pastor, que visita a la totalidad de la parroquia casa por casa. Entre sus intenciones de la semana para su oración personal en 1824, aparecen éstas para el jueves: ... *Intercesión por el rebaño de San Clemente, clérigos disidentes, romanistas, aquellos sin religión, piadosos, rector, capilleros y otros oficios, enfermos, ancianos, jóvenes, mujeres que trabajan con niños, ricos y pobres, escuelas, que la iglesia pueda ser reconstruida y bien, por la unidad, por la extensión de la religiosidad*¹².

El 29 de mayo de 1825 es ordenado presbítero. Sigue en San Clemente. Trata de equilibrar su trabajo pastoral con el académico. Pero descubre también que la educación debe considerarse como verdadero cuidado pastoral. Esta convicción se hace plena cuando le nombran en 1826 *Tutor* de Oriel, cargo que le responsabiliza aún más sobre los alumnos. Se muda al College, ocupando la habitación del primer piso, en el ángulo del cuadrilátero, junto a la capilla: será su hogar durante los próximos 17 años.



Interior de la Capilla del Oriel College.

III. OXFORD: EL HOGAR DE LA FE Y LA RAZÓN

Mientras tanto recibirá paulatinamente la influencia de Hawkins, que representaba el anglicanismo, alejado tanto del evangelismo como del extremo católico. De él recibe Newman el principio de tradición, separándose del

fundamentalismo bíblico, así como la doctrina de la regeneración bautismal, lo cual le lleva a abandonar progresivamente el Evangelismo. Sin embargo, sus primeros sermones se encuentran aún impregnados del mismo.

¹² Manuscrito, Archivos del Oratorio de Birmingham, C.5.12.

Comienza, de todas maneras a acercarse poco a poco, adhiriendo a doctrinas, una por una, hasta llegar a la verdad católica plena. Por de pronto está pasando de calvinista evangélico a "high church" anglicano.

Otro suceso que corrobora lo dicho es su relación con William James, otro *fellow* de Oriel, quien le enseña la doctrina de la sucesión apostólica, durante un paseo por la pradera de Christ Church.

En esos años lee la obra *Analogy* del Obispo Butler. Dice Newman que *la demostración de una Iglesia visible, oráculo de la verdad y modelo de santidad, de los deberes de la religión exterior y del carácter histórico de la religión son las características de esta gran obra*. Pero sobre todo se siente deudor de dos principios que serán básicos en su pensamiento posterior: *primeramente, la idea misma de una analogía de las distintas obras de Dios conduce a la conclusión de que el sistema de menor importancia está económica o sacramentalmente relacionado con el más trascendental... en segundo lugar, la doctrina de que la probabilidad es la guía de la vida, me condujo, por lo menos durante los estudios en que fui iniciado pocos años después, a la cuestión sobre la fuerza lógica de la fe sobre la que tanto he escrito. Así a Butler atribuyo los dos principios de mi enseñanza que me han acarreado la doble acusación de fantasía y de escepticismo*¹³.

En una carta de 1879, año de su elevación al cardenalato, dice: *Mucho antes de ser sacerdote católico... cuando era Tutor*

*público de mi Colegio en Oxford, mantenía, aún ferozmente, que mi ocupación era claramente pastoral*¹⁴. Resignó, por tanto su curato en San Clemente, y anota en su diario: *Y ahora, Oh Señor, estoy entrando con el nuevo año en un nuevo curso de obligaciones, es decir la tutoría. Que me ocupe en ellas con la fuerza de Cristo, recordando que soy un ministro de Dios, y tengo encomendado predicar el Evangelio, recordando el valor de las almas, y que tendré que responder por las oportunidades que se me dieron para beneficiar a aquellos bajo mi cuidado*. Y después de un mes como Tutor agrega: *Que pueda reflexionar más seriamente, que, a menos que encuentre se produzcan oportunidades de hacer el bien a aquellos sobre quienes estoy colocado, llegará a ser una cuestión seria si debo continuar en la Tutoría*¹⁵. Es decir, que no le veía el sentido a todo su tiempo y energía dedicados al trabajo tutorial, si éste había de ser meramente preparar estudiantes en los Clásicos y nada más. Tampoco era de la idea de Newman que el curso de los Clásicos fuera un medio indiferente para un fin espiritual, y no un fin en sí mismo, una especie de pretexto para mantener contacto con sus alumnos y cuidar sus almas. Una dicotomía así no era propio de sus ideas. El P. Murray dice en su libro "Newman oratorio" que "según la visión de Newman, el oficio tutorial en Oriel podía ser una cura pastoral de almas para un clérigo, porque formaría las mentes de sus alumnos con instrucción competente y formaría sus corazones al vivir con ellos. Pero aún en el proceso de formar sus mentes, podría hacer de los Clásicos una lección moral, desde que muestran la naturaleza

¹³ Apo., 10-11.

¹⁴ *Addresses to Cardinal Newman with his Replies etc.*, de W. Neville del Oratorio, 1905.

¹⁵ A.W., 209.

humana tal como existía sin la gracia antes del advenimiento del cristianismo”¹⁶.

El mismo año 1826, inicio de su tutoría, es nombrado *fellow* de Oriel, Richard Hurrell Froude, su gran amigo, muerto prematuramente diez años después. Anglicano tradicional, era hijo de un sacerdote de Devonshire, de gran inteligencia y vehemencia, con ideales de santidad y captación de lo sagrado, de espíritu práctico y realista, alegre y decidido. Se sentía con ánimo de reformador eclesiástico, y desplegaba gran actividad educadora. Veía la necesidad de restaurar la Iglesia anglicana, y al mismo tiempo, hacía justicia a la Iglesia de Roma, aceptando todas sus doctrinas menos, claro, la comunión con el Papa, pero será quien acerque más a Newman al respeto y aún veneración por lo católico. Rezaba el Brevariario Romano, que Newman llevará como recuerdo y usará también en sus últimos años anglicanos. Nos dice de él: *Sus opiniones me prendían e influían, aun en el caso de que no ganaran mi entero asentimiento. Proclamaba abiertamente su admiración por la Iglesia de Roma y su odio por los reformadores. Le encantaba la idea de un sistema jerárquico, del poder sacerdotal y de la plena libertad de la Iglesia. Despreciaba la máxima: ‘La Biblia y sólo la Biblia es la religión de los protestantes’, y se enorgullecía de aceptar la tradición como el principal instrumento de enseñanza religiosa. Tenía una alta y severa idea de la excelencia intrínseca de la virginidad, y consideraba a la bienaventurada Virgen como su gran modelo. Le deleitaba pensar en los santos; tenía viva estima de la idea de la santidad, de su posibilidad y de sus alturas, y estaba muy inclinado a admitir*

*una gran cantidad de intervenciones milagrosas, acontecidas en las edades primera y media. Abrazó el principio de la penitencia y de la mortificación. Tenía profunda devoción a la presencia real, en la que creía firmemente. Se sentía poderosamente atraído a la Iglesia medieval, pero no a la primitiva... Sería difícil enumerar las adiciones concretas a mi credo teológico que saqué de un amigo a quien debo tanto. Él me enseñó a mirar con admiración a la Iglesia de Roma y a aborrecer en el mismo grado la reforma protestante. Él grabó profundamente en mí la idea de la devoción a la Virgen y me condujo, paso a paso, a creer en la presencia real*¹⁷. Palabras como éstas, y otras ya citadas en el capítulo sobre la iglesia anglicana, muestran con quiénes vivió Newman en su hogar oxoniense, y cómo la Providencia de Dios, de la que tanto hablaría en sus sermones, le conducía a través de influencias amicales hacia la verdad plena. Enternece comprobar con qué afecto se reconoce deudor de todas estas personas que van desfilando en su *Apología*. Aquél era un verdadero hogar, donde se aprende poco a poco lo necesario para la vida, donde se encuentra con los que más se quiere y a quienes más se debe. Froude fue uno de ellos.

El mismo año 1826 predica su primer Sermón Universitario. Éstas eran homilías encargadas por las autoridades académicas, mediando influencias de amigos. El tema que hila toda la serie de quince (a lo largo de 17 años), es la relación entre la razón y la fe, problema teológico que acompañará la meditación y prédica de Newman toda su vida. Como bien explica el P. Boix en el prólogo a la edición crítica española, “a principios del siglo XIX en Inglaterra predominaban dos posi-

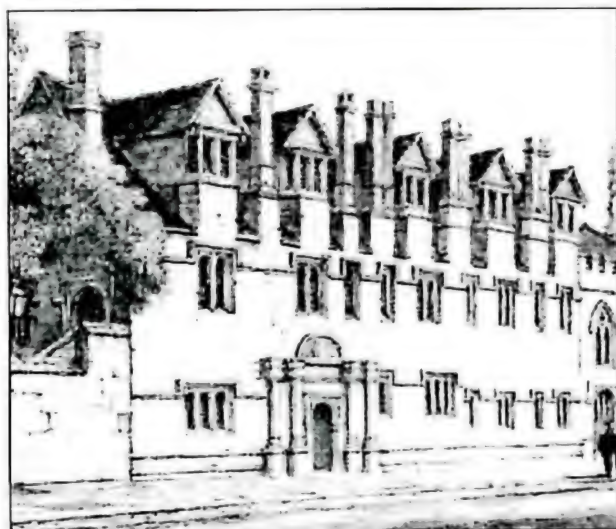
¹⁶ Placid Murray, *Newman the Oratorian*, Fowler Wright Books, Leominster, Herefordshire, 1980.

¹⁷ Apo., 24-25.

ciones antagónicas sobre el problema de la fe y la razón. La primera era la de la escuela 'evidencialista', que continuaba las tradiciones del siglo XVIII, el 'Siglo de las Luces'... Por citar las palabras de uno de sus autores: 'Es cosa cierta y manifiesta que la única fe que Dios puede valorar positivamente es una convicción sincera fundamentada en un examen diligente e imparcial del conjunto de pruebas'. No había espacio en este sistema para la fe del creyente humilde y sencillo, producida bajo el influjo de razones que él mismo difícilmente podía explicar o analizar. En el extremo opuesto se encontraban muchos, quizá la mayoría, de la tendencia 'evangélica', que detestaban a la escuela 'evidencialista'. Al parecer de estos 'evangélicos', las relaciones entre fe y razón eran sumamente simples: no había ninguna. El espiritual poseía una luz interior, completamente sobrenatural, que le capacitaba para creer en las promesas del Evangelio, y apropiárselas, sin ninguna ayuda de 'razonamientos carnales'¹⁸. Newman contesta a estos últimos en sus Sermones parroquiales (*Parochial and Plain Sermons*), y se dirige principalmente a los primeros en sus Sermones Universitarios. Con equilibrio salva los escollos del racionalismo por un lado y del irracionalismo por otro. Cuando Newman fue a Roma para ordenarse sacerdote católico en 1846, estadía que duró hasta 1847, releyó su obra anglicana y escribió unas *Theses de fide* (Tesis sobre la fe) para que sirvieran de prólogo a la traducción al francés que se preparaba por entonces. *Siento curiosidad*, escribe en una carta, *por saber cuál será mi juicio sobre mis 'Sermones Universitarios', una vez haya estudiado a fondo el tema desde el punto de vista católico. Creo que hay en ellos muchísimas verdades, pero me figuro*

*que buena parte de estas verdades ya se hallan en el sistema católico actual ... La probabilidad antecedente es el gran instrumento de conversión en materia religiosa, más aún, en todas las materias, esto es lo más importante entre lo que considero original, y lo tengo muy trabajado ... Uso el término 'probable' como opuesto a estrictamente demostrativo, no como opuesto a certeza'*¹⁹. En 1870, ya oratoriano en Birmingham, explicaba el tratado de fe a los estudiantes de teología del Oratorio ayudándose de aquellas Tesis que redactó al cotejar sus Sermones, y en 1885 en su última polémica (a los 84 años) con el Dr. Fairbairn, que lo acusaba de escepticismo, recurrió a sus Sermones. En Oxford, Newman vivió en el hogar de la fe, que era su Iglesia anglicana, y en el hogar de la razón, cuna del pensamiento de entonces, saturado de racionalismo, pero que él se empeñaba en depurar, como hacía la misma Iglesia de Roma, que, sin saberlo Newman, luchaba del mismo modo por determinar los alcances y los límites de la razón, contra el

St. Alban Hall.



¹⁸ Cfr. Introducción en La fe y la razón, (Sermones universitarios), trad. A. Boix, Encuentro, Madrid, 1993, 28-29.

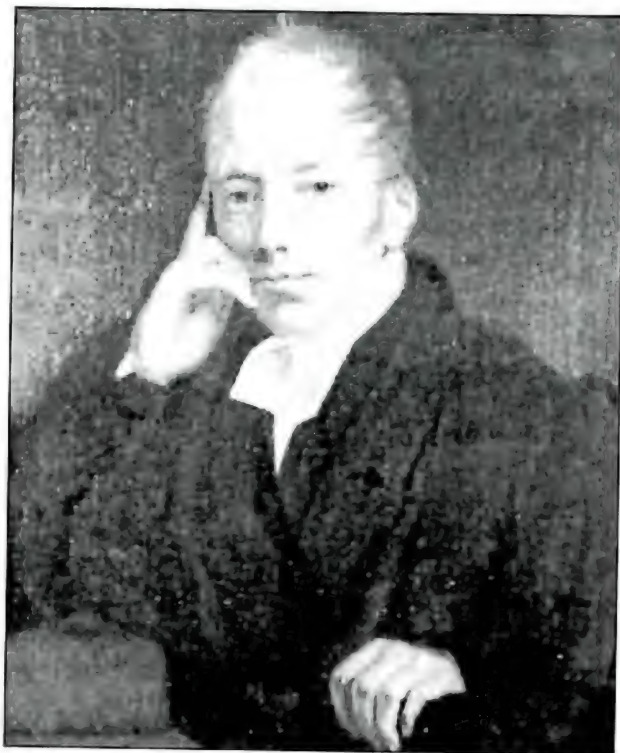
¹⁹ L.D., XI, 293. (1846)

racionalismo alemán y el tradicionalismo francés de entonces. Oxford era hogar de contrastes, que sólo una personalidad como la suya podía equilibrar. Estas situaciones le hicieron sufrir desgarramientos continuos de uno y otro lado.

En 1827, fruto de la misma situación, comienza la polémica contra el liberalismo, la que el mismo Newman llamaría su "batalla". Lo dice en la *Apología*: *"Mi batalla era contra el liberalismo, y por liberalismo, entiendo el principio antidogmático y sus consecuencias. He aquí el primer punto del que estaba cierto... El principio capital del movimiento (se refiere al Movimiento de Oxford) me es hoy tan caro como me lo fuera siempre. He cambiado en muchas cosas, pero ahí no. Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión, religión como mero sentimiento es para mí como un sueño y una burla. Sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo. Lo que mantuve en 1816 lo seguí manteniendo en 1833 y lo mantengo en 1864. Plega a Dios que lo mantenga hasta el fin"*²⁰. Y así fue, pero hacia 1827, según él mismo cuenta, comenzó a dar preferencia a la perfección intelectual sobre la moral y se dejó arrastrar por el liberalismo del momento. La influencia venía directamente de Whately, quien desde la entrada de Newman en Oriel le había acompañado como maestro. *Él me abrió, por así decir, mi inteligencia y me enseñó a pensar y razonar. Pero lo que Whately hizo por mí en el terreno de las ideas religiosas fue, primeramente, enseñarme la existencia de la Iglesia como cuerpo sustantivo o corporación. En segundo lugar, haberme inculcado aquellos*

*modos de ver antierastianos de la política de la Iglesia, que fueron uno de los rasgos más relevantes del movimiento tractariano. Aún así dice que tenía muy poca simpatía por sus máximas teológicas especiales*²¹. El rompimiento formal con Whately fue en 1829, con ocasión del asunto de la reelección de Robert Peel, representante de Oxford en el Parlamento y favorable a la política emancipadora del Duque de Wellington (en relación a los católicos de Irlanda).

En la *Apología* hay un apéndice sobre el liberalismo. Newman dice allí: *Cuando quieran son los hombres capaces de obrar y hay posibilidad de que la acción se extreme o, desmesure, y por el mismo caso, cuando se ejercita la inteligencia, hay posibilidad*



Richard Whately.

²⁰ Apo., 48-49-

²¹ Apo., 11-13.

de que su ejercicio sea caprichoso o erróneo. La libertad de pensamiento es en sí misma un bien; pero deja una puerta abierta a la falsa libertad. Ahora bien, entiendo por liberalismo la falsa libertad de pensamiento... es el error de someter al juicio humano aquellas doctrinas reveladas que están, por su misma naturaleza, más allá de su alcance y son independientes de él, y de pretender determinar por razones intrínsecas el valor y verdad de proposiciones que se fundan para ser aceptadas, simplemente, en la autoridad exterior de la palabra divina²².

Cuando en 1841 la Universidad censuró el famoso *Tract 90*, sobre la interpretación de los 39 artículos anglicanos en sentido católico, Newman, haciendo referencia al vendaval desatado, dirá: *Los hombres que me echaron de Oxford fueron patentemente los liberales, y ellos abrieron fuego contra el Tract 90, y habían de obtener una segunda ventaja si yo acababa abandonando la Iglesia anglicana*²³. La indiferencia y ligerezas dogmáticas eran comunes tanto al liberalismo como al movimiento opuesto de los evangélicos. Aquí se producían esos tironeos de uno y otro lado del ambiente de Oxford. Newman contestaba a ambos. Estaba del lado de la verdad. Pero no le fue fácil desembarazarse de unos y otros, habiendo pertenecido un poco a ambos.

Debemos recordar a lo ya dicho en el capítulo sobre la Iglesia anglicana que, para Newman, como él mismo dice, *la cuestión vital era saber cómo evitar la liberalización de la Iglesia. Tal era la apatía en algunos*

sectores sobre este punto, tal la estúpida alarma en otros. Los verdaderos principios eclesiásticos parecían radicalmente decaídos y un viento de locura soplabá por las reuniones del clero. El entonces obispo de Londres, Blomfield, hombre activo y de corazón abierto, se había empeñado durante años en deshacer la lata ortodoxia de la Iglesia, metiendo miembros del partido evangélico en puestos de influencia y confianza²⁴.

El texto citado habla de su pensamiento hacia 1830, pero hacía tres años que estaba cierto de cual era la *cuestión vital*. Dice en la *Apología: hacia fines de 1827 desperté bruscamente de mi sueño por dos terribles golpes: la enfermedad y el desamparo*²⁵. Despierta de esa preferencia liberal por lo intelectual sobre lo moral, que el ambiente y la persona de Whately le habían contagiado. La enfermedad parece que fue un agotamiento nervioso. Morales no duda en llamar a ésta su 'segunda conversión'. Es innegable que está en directa consonancia con la 'primera', aquella de los quince años, en el sentido de estar vinculadas a la seriedad dogmática como esencial a la religión.

Dios le enviaba, en aquel hogar gótico, académico y religioso a la vez, rayos de luz y horizontes de belleza y verdad. Ese año Keble publica su *Christian Year*, libro de poesía litúrgica, que produjo gran impresión en Newman, quien lo ubica como una de las fuentes para el desarrollo de su ya mencionado 'principio sacramental': *Cuando el tono general de la literatura religiosa era tan lánguido y débil como lo era entonces, Keble pulsó una*

²² Apo., 11-13.

²³ Apo., 11-13.

²⁴ Apo., 11-13.

²⁵ Apo., 11-13.

nota original y despertó en los corazones de muchos miles de personas una nueva música, la de una escuela desconocida durante mucho tiempo en Inglaterra... las dos principales verdades intelectuales que me trajo son las mismas que yo había aprendido de Butler, pero remoldeadas por la inteligencia creadora de mi nuevo maestro. La primera fue lo que puede llamarse, en el sentido lato de la palabra, el sistema sacramental, es decir, la doctrina de que los fenómenos materiales son, al mismo tiempo, figuras e instrumentos de realidades invisibles; doctrina que abarca en su plenitud no sólo lo que anglicanos y católicos creen sobre los sacramentos propiamente dichos, sino también el artículo de la 'comunidad de los santos' e igualmente los misterios de la fe²⁶.

La segunda verdad intelectual que le debe a Butler y a Keble, nos introduce en uno de sus más interesantes planteos sobre el conocimiento y la certeza, que terminará de desarrollar en su obra de 1864, *Grammar of assent*. Acerca de aquélla nos dice: *Forma el fondo de mucho de lo que he escrito y me ha valido más de una dura palabra. Butler enseña que la probabilidad es la guía de la vida. El peligro de esta doctrina es para muchas inteligencias su tendencia a destruir en ellas la certidumbre absoluta, llevándolas a mirar como dudosa toda conclusión y resolviendo la verdad en opinión... Yo estimaba que Keble había resuelto esta dificultad atribuyendo la firmeza que damos a la doctrina religiosa, no a las probabilidades con que nos la presentan, sino al poder vivo de la fe y del amor que las acepta... de modo que el argumento de probabilidad en materia de*

religión viene a ser argumento de personalidad, que es, de hecho, una forma del argumento de autoridad... Yo nunca discutí este modo de ver esta materia, porque me valía yo mismo de ella, pero estaba descontento porque no iba a la raíz de la dificultad. Era hermosa y religiosa, pero no podía pretender ser precisamente lógica, y consecuentemente, traté de completarla con consideraciones propias que pueden verse en mis 'Sermones Universitarios', 'Ensayos sobre los milagros en la Iglesia' y 'Ensayo sobre el desenvolvimiento de la doctrina'. Mi argumento, en líneas generales es como sigue: La certeza absoluta que podemos alcanzar, ora respecto de las verdades de la teología natural, ora sobre el hecho de la revelación, es resultado de un 'assemblage' de probabilidades concurrentes y convergentes, y ello de acuerdo con la constitución del entendimiento humano y con la voluntad de su Creador. Esta certeza es un hábito del entendimiento; la evidencia, una cualidad de las proposiciones. Las probabilidades que no alcanzan evidencia lógica pueden bastar para la certidumbre intelectual, y la certidumbre así lograda puede igualar en medida y fuerza a la certeza creada por la más rigurosa demostración científica²⁷.

Otro suceso alentador ocurre también a fines de 1827: le llega la edición de los *Padres de la Iglesia* que había pedido tiempo antes. Newman comienza la lectura sistemática en el verano de 1828: *A medida que me iba desprendiendo de aquella sombra de liberalismo que se me había pegado en mi carrera, retornó mi antigua devoción a los Padres, y en las vacaciones mayores de 1828 comencé a leerlos cronológicamente,*

²⁶ Apo., 18.

²⁷ Apo., 19-20.



Iglesia St. Mary The Virgin.

analizarlos y catalogar sus doctrinas y principios. Pero... me di cuenta al examinarlo, hecho que había obtenido muy poco de ellos, y concluí que los Padres leídos, exclusivamente del período antenicense, tenían un contenido muy escaso. En aquel momento no descubrí la razón de este resultado, aunque, con mirada retrospectiva, estaba muy clara: sencillamente los había leído en clave protestante... No sabía bien qué buscar. Luego volvió a leerlos en 1831: volví de nuevo al examen de los Padres cuando pude ocuparme en la historia del arrianismo. El resultado fue su primer libro sistemático, una obra histórico - doctrinal que tituló *Los arrianos del siglo IV*, terminada en 1832. Y por último en 1835 y en 1839: *Después me apliqué a su estudio con vistas a investigar las controversias relativas a la Persona del Señor. Dediqué dos veranos, separados por varios años* ²⁹.

No es desencaminado decir que los Padres fueron otros tantos amigos cercanos, que compartieron con Newman los años vividos en Oxford. Aquí el hogar oxoniense se le universaliza, para convertirse de a poco en la Iglesia, precisamente 'católica'. *Los Padres me hicieron católico*, dirá, y con razón.

Pero antes de continuar, reparemos en esa obra sobre los arrianos, pues tiene que ver con su batalla contra el liberalismo racionalista. Es una obra histórica de gran erudición que estudia la Iglesia anterior al Concilio de Nicea, en relación a la herejía arriana, el mismo Concilio y también el de Constantino-pla, y una obra teológica que representa el descubrimiento de los Santos Padres por parte de Newman. Pero lo escribió, dice, *para resistir las innovaciones del momento, e intentar*

empezando por Ignacio y Justino ²⁸. Cinco veces durante su vida anglicana parece haber Newman dedicado tiempo específico a la lectura patrística. Primero, muy joven aún: *Cuando era todavía un muchacho, mis pensamientos fueron dirigidos hacia la Iglesia primitiva y especialmente hacia los Padres más antiguos, debido a la lectura de la 'Historia Eclesiástica' del calvinista Joseph Milner, y nunca he perdido ni sufrido interrupción en la huella, profunda y gratísima, que los perfiles de San Ambrosio y San Agustín dejaron en mi mente. Desde aquel instante, el mundo de los Padres ha sido siempre para mi imaginación un paraíso de gozo, a cuya contemplación he dirigido mi pensamiento de tiempo en tiempo, cuando me he visto libre de los compromisos propios de cada momento de mi vida. Luego, hará la lectura del verano de 1828, que descubre más tarde poco fecunda: me afané en*

²⁸ Apo., 25.

²⁹ Diff., XII, 370-374.



Puerta de St. Mary The Virgin.

*defender la obra de hombres muy por encima mío y que ahora es atacada*³⁰. Newman se refiere al "liberalismo" religioso imperante, que él entendía como el intento de reconstruir la religión cristiana revelada en términos de la concepción de una determinada época, y que puede por tanto unirse con cualquier conjunto de afirmaciones filosóficas o teológicas. Pero el cristianismo es para Newman, como para la Iglesia, una revelación de origen sobrenatural,

que tiene por ello el derecho y el deber de criticar los puntos de vista del mundo, que encuentra.

Newman argumenta en la obra, que, de manera similar, el arrianismo, originalmente, fue *una enseñanza más escéptica que dogmática, que se propuso inquirir y reformar el credo recibido más que aventurarse con uno propio, gozando las ventajas del atacante sobre la parte atacada de buscar objeciones más que de resolverlas*³¹. Al disputar con el credo ortodoxo, los arrianos, también, fueron culpables de aplicar mal la razón humana a los misterios de la revelación. Ya dijimos que Newman desde joven se vio atraído por la primitiva Iglesia, especialmente los Padres de la escuela alejandrina, en quienes encontró el principio de la *economía*, el cual trata en esta obra. Significa que aun el más fundamental de los dogmas cristianos, el de la Trinidad, puede ser visto sólo como *una sombra proyectada por la contemplación del intelecto, del Objeto de piedad formado escriturariamente, una representación, económica, necesariamente imperfecta por ser manifestada en un medio extraño, que por ello envuelve aparentes inconsistencias o misterios*³². Se trata de una economía sacramental como mediación simbólica de una verdad, que no puede ser adecuadamente expresada en ningún lenguaje, ni por ningún medio, hasta el fin de los tiempos, la intrínseca inadecuación del lenguaje teológico.

Arrianos y liberales buscaron fórmulas de compromiso que comprendieran distintas opiniones, pero que no era sino *confundir*

³⁰ L.D., II, 43.

³¹ Ari., 26-27.

³² Ari., 145-146.

arreglos de palabras que existen sólo en el papel, con realidades... No existen dos opiniones tan contrarias que no puedan ser comprendidas juntas en alguna forma verbal suficientemente vaga... Si la Iglesia debe ser vigorosa e influyente, debe ser decidida y hablar claro en su doctrina³³. Pero Newman no opone al espíritu componedor el dogmatismo, sino que hace un cuidadoso balance entre los opuestos. Dice que *verse libre de símbolos y artículos, es en abstracto el estado más alto de la comunión cristiana, y fue el privilegio peculiar de la primitiva Iglesia, pues técnica y formalmente son inevitables resultados de las confesiones públicas de la fe, y que cuando las confesiones no existen, los misterios de la verdad divina, en vez de ser expuestos a la mirada de los profanos e ignorantes, quedan escondidos en el seno de la Iglesia, más fielmente que de cualquier modo posible*³⁴. El dogma sistemático pudo ser guardado en el fondo (background) de la infancia del cristianismo, cuando la fe y la obediencia eran vigorosas, y sólo fue propuesto en un tiempo en que, habiéndose desarrollado la razón desproporcionadamente y deseando soberanía en el ámbito de la religión, se hizo necesario para repeler el ídolo usurpador de la casa de Dios³⁵. El arrianismo fue un racionalismo, como el del siglo de Newman. Todo su pensamiento está involucrado con la oposición entre razón y fe, dogma y revelación, ciencia física y teología, en el siglo que vio nacer la Teología Fundamental, el siglo del Concilio Vaticano I, con sus definiciones sobre el alcance y las limitaciones de la razón, el concepto de revelación y los preámbulos de la fe.

La teología fundamental de Newman es, en este sentido, de primera línea, y ha inspirado a los más insignes teólogos de este siglo en la materia.

También en los Padres encontró una fuente para el desarrollo de su principio sacramental. *Me arrastró la amplia filosofía de Clemente y Orígenes. Algunas partes de su doctrina, magníficas en sí mismas, sonaban en mi oído interior como una música, como respuesta a ideas que yo había amado por tanto tiempo, con poco ambiente exterior para favorecerlas. Estas doctrinas se basaban en el principio místico o sacramental, y hablaban de varias dispensaciones o economías del Eterno. Entendí que estos pasajes querían decir que el mundo exterior, físico e histórico, era sólo manifestación para nuestros sentidos de realidades más grandes que él mismo. La naturaleza era una parábola; la Escritura, una alegoría; la literatura, filosofía y mitología paganas habían sido mera preparación para el Evangelio. Los poetas y sabios griegos habían sido, en cierto sentido, profetas, 'pues a estos sublimes bardos les fueron dados pensamientos más allá de su pensamiento'. Hubo una dispensación directamente concedida a los judíos; pero hubo también, en cierto sentido, una dispensación en favor de los gentiles. El que tomó la descendencia de Jacob para su pueblo escogido, no por ello apartó los ojos del resto de la humanidad. En la plenitud de los tiempos se redujeron a nada tanto el judaísmo como el paganismo; el marco exterior que ocultaba, a par que sugería, la verdad viva, no estuvo nunca destinado a*

³³ Ari., 147-148.

³⁴ Ari., 36-37.

³⁵ Ari., 145.

*durar, y se fue deshaciendo a los rayos del sol de justicia, que brillaba tras él y lo penetraba. El proceso de cambio fue lento y no se llevó a cabo de golpe, sino con regla y medida, "en tiempos varios y de modos diversos", ahora un descubrimiento y luego otro, hasta que toda la doctrina evangélica apareció a plena luz. Y así quedaba lugar para presumir ulteriores y más profundos descubrimientos de verdades ocultas aún bajo el velo de la letra para ser reveladas a su tiempo y sazón. El mundo visible sigue aún sin su interpretación divina; la santa Iglesia, con sus sacramentos y órdenes jerárquicos, permanecerá, después de todo, hasta el fin del mundo como mero símbolo de estos hechos celestes que llenan la eternidad. Sus misterios son mera expresión, en lenguaje humano, de verdades que no alcanza la inteligencia humana. Es evidente que en todo eso había mucho en armonía con las ideas que me habían atraído de joven y con la doctrina que yo había atribuido ya a la *Analogy*, de Butler, y al *Christian Year*, de Keble*³⁶.

No es fácil citar a Newman sin recurrir a párrafos extensos, por su estilo literario, que se nutre de imágenes, adjetivos y una prosa poética irresistible. La certeza en el lector acerca de lo afirmado, viene, para decirlo con la teoría ya expuesta sobre las probabilidades convergentes, por concurrencia de argumentos lógicos, imágenes, hechos de la historia, personas y cosas, experiencias y razones, Revelación de Dios y palabras humanas, poesía y plegaria. Creo que éste es el atractivo especial de la literatura newmaniana, que lleva el signo de su origen decimonónico, pero bajo una de las plumas inglesas más ilustres.

A los Padres dice Newman, deberles todo, su pensamiento sobre los ángeles, un capítulo aparte de su teología. Pero fundamentalmente, los Padres significaron la contemplación de la Iglesia antigua, donde nutrir esa teología que tanta falta hacía al anglicanismo. Por otro lado este recurso a los Padres les confirmaba también la idea de que *la antigüedad era la verdadera fuente de las doctrinas de la cristiandad y la base de la iglesia anglicana*³⁷. Ya hemos visto cómo aparece, también gracias a un Padre, San Agustín, la luz sobre la catolicidad como argumento de verdad. Vemos a Newman estudiando los Padres desde aquella primera lectura de 1828, hasta su conversión en 1845, cuando, mientras se acercaba el paso definitivo, traducía a San Atanasio.

Pero estamos aún en los albores de su vida oxoniense, y es también en 1828 cuando ocurre un hecho que signará todo su ministerio pastoral anglicano: es nombrado párroco (o vicario, como dicen en Inglaterra) de la iglesia Santa María el 20 de marzo. Era la iglesia parroquial de la Universidad. Hasta entonces había estado asistida por Hawkins, que era ahora el nuevo *provost* de Oriel. Newman recuerda el evento así: *Aquello era para mí como una sensación de primavera después del invierno y, si me es lícito decirlo así, salí de mi caparazón y permanecí fuera hasta 1841*³⁸. Ese año renunciará retirándose a Littlemore, pero vivió trece años predicando desde ese púlpito, que hoy mismo lleva la inscripción que recuerda su paso. Pero mayor recuerdo y más vivo y penetrante son los ocho tomos con los ciento noventa y un *Sermones parroquiales sencillos*. Dice el padre Morales

³⁶ Apo., 26-28.

³⁷ Apo., 26.

³⁸ Apo., 16.

en su biografía que “en muchos decenios, tal vez en siglos, Oxford no había conocido una predicación semejante”³⁹. Newman escribió unos seiscientos sermones como anglicano, y más de la mitad antes de 1832. Publicó una selección de los mismos.

Nos ha quedado el comentario de un testigo, William Church, que sería más tarde historiador del Movimiento de Oxford: “Sólo quienes los recuerdan pueden juzgar adecuadamente el efecto de los sermones que Mr. Newman predicaba en Santa María a las cuatro de la tarde. La gente los conoce, ha oído hablar mucho de ellos, y ha emitido opiniones diversas sobre su valor. Pero apenas se da cuenta de que, sin esos sermones, el Movimiento de Oxford podría no haber ido adelante, y ciertamente no habría sido nunca lo que fue. Incluso personas que escuchaban regularmente los sermones y sentían que eran diferentes a cualquier otro tipo de predicación, apenas reparaban en su influencia real o llegaban a advertir de momento el impacto que estaban ejerciendo sobre ellas. Sencillos, directos, sobrios, envueltos en un inglés puro y transparente, sin faltas de gusto, recios en su flexibilidad y perfecto dominio de lenguaje y pensamientos, eran la expresión de una visión penetrante y profunda sobre el carácter, la conciencia y los motivos del obrar, de una simpatía, severa y tierna a la vez, con lo tentados y los vacilantes, de una fe ardiente y absoluta en Dios, en sus designios, en su amor, en sus juicios, en la gloria sobrecogedora de su generosidad y en su magnificencia. Los sermones hacían pensar a los oyentes sobre las cosas que hablaba el predicador y no sobre los sermones mismos”⁴⁰.

Es interesante leer lo que Newman opinaba sobre cómo debía ser un sermón: *Considero un principio fundamental que un sermón, para ser eficaz, debe ser imperfecto. Hasta que imitemos a la Sagrada Escritura en abandonar la exhaustividad de nuestros sermones, no haremos nada detalladamente*⁴¹. Efectivamente Newman se ceñía a un punto, no habla de todo, como es corriente, y además, dividía en párrafos numerados las partes de la exposición. Todos son comentarios a algún versículo o texto de la Escritura, ateniéndose a los Credos. Eran dogmáticos pero con la aplicación moral consiguiente. Newman, en efecto, afirmaba que las dificultades de la mayoría para recibir la fe no eran de carácter intelectual sino moral. No era por tanto, un problema de objeciones sino de disposiciones. Sin embargo, sus sermones no eran “moralinas”, sino que iban al fondo de las verdades reveladas, de la persona del Señor, su Encarnación y Redención, de la Santísima Trinidad, de los sacramentos de la Iglesia, del misterio de la Iglesia misma. Como dice el padre Dessain en su biografía, “Newman fue un predicador de verdades olvidadas”. Sus sermones seguían el ciclo litúrgico y hacían hincapié en la santificación, el mundo invisible manifestado en el visible, la justificación, la obediencia de la fe, la seriedad y exigencia de la vida cristiana, advirtiendo que no se basa en el sentimiento y en las emociones. En este último sentido fueron casi desde el comienzo una crítica a la tendencia evangelista. Citando de nuevo a Church: “mostraron una reacción firme... contra la vaciedad, la blandura, el desasosiego, la mundanidad, el sentido de verdad embotado y deteriorado, que reinaban con pocos obstáculos en las modas vigentes de profesar el cris-

³⁹ Op.cit., 46.

⁴⁰ Cfr. W.Church, *The Oxford Movement*, de. G. Best, 1970, 92-93.

⁴¹ L.D., V, 38-39.

tianismo; se opusieron a la superficialidad de pensamiento y de sentimiento; a la extraña ceguera ante las llamadas terminantes del Nuevo Testamento⁴². Este enfrentamiento con las posturas evangélicas, terminará por alejarlo en 1830 también de la *Church Missionary Society*, asociación representativa de la actividad evangelista, de la cual Newman era miembro y secretario de la rama en Oxford. Ese mismo año deja también la *Oxford Bible Society*, a la que pertenecía desde 1824.

Multitud de estudiantes asistían a sus sermones aquellos domingos a las cuatro de la tarde, pero muchos le tenían también por tutor. Las desavenencias con Hawkins, giraron en torno al concepto que Newman tenía de su tutoría, oponiéndose a una relación distante, rutinaria y formal con el alumno. Concibió un proyecto para reforzar la relación personal, con el apoyo de Froude, Wilberforce y otros. Hawkins no quería innovaciones y defendía su papel de *provost*, y amenazó al grupo de tutores rebeldes con no mandarles más alumnos. Newman y los demás renunciaron. Estamos en 1830. Aprovecha para dedicarse al estudio de los Padres y su libro sobre los arrianos. El 25 de marzo de ese año, comienza a celebrar la liturgia de las Fiestas, que estaba relegada al olvido. Decía en un sermón de entonces: *¿Podemos idear un sistema de predicación a los hombres más poderoso a largo plazo, en el que los menos instruidos y los más tímidos de nuestro pueblo puedan tomar parte más fácilmente, que si todos los que aman sinceramente al Señor Jesucristo adquirieran la práctica de acudir en tropel a las iglesias en las fiestas durante la semana y*

*en los distintos tiempos sagrados...?*⁴³ Deberíamos leer sus sermones, y con ello bastaría para conocer a Newman.

Nos dice el padre Dessain, que a fines de 1832 Newman había recuperado de manera sustancialmente completa el conjunto entero de las verdades de la religión revelada. Se agudiza más la referencia implícita o explícita a Roma, y se acerca el momento del nacimiento del Movimiento de Oxford. En 1833 tiene lugar su viaje por el Mediterráneo, en compañía de su amigo Froude, su visita a la Ciudad Eterna, su enfermedad casi mortal en Sicilia y su retorno a Inglaterra, para realizar "su misión". A su regreso Keble pronuncia su Sermón "National apostasy", desde el púlpito



Edward Hawkins.

⁴² Cfr. W.Church, op.cit., 21-22.

⁴³ PPS, II, 398-399.

de la Universidad. Newman dice en la *Apología*: *Yo he considerado siempre este día como el punto de partida del movimiento de 1833*⁴⁴.

El hogar de Oxford será desde ahora testigo de uno de los acontecimientos más importantes de su historia, de la historia del anglicanismo, y por supuesto de la vida de Newman: el llamado "Movimiento de Oxford" ha llenado libros enteros, y es reconocido hoy por anglicanos como un hito en el desarrollo religioso, una verdadera reforma, un impulso renovador sin igual desde el siglo XVI. En julio de 1833 se reúnen Newman, Hurrell Froude, William Palmer, Hugh Rose, Arthur Perceval, y otros clérigos, todos afines a las ideas de Keble. Serán los iniciadores, pero Newman no quiere "organizar" un movimiento: *Los movimientos vivos no nacen de comisiones*, ya le oímos decir. Por otro lado pensaba que *una unidad más esencial era la de los antecedentes: una historia común, recuerdos comunes, relaciones de espíritu a espíritu en el pasado y un progreso y crecimiento de esas relaciones en el presente*⁴⁵. Esta forma personalista de pensar y actuar lo lleva, como lo dice en la *Apología*, a publicar los *Tracts*, por su cuenta y riesgo. Serían la voz cantante del Movimiento, por lo cual se le llamaría también Movimiento "tractariano". Así lo anunciaba a su amigo Bowden: *Nuestro objetivo es mover al clero, inculcar la Sucesión Apostólica, y defender la Liturgia. Esperamos publicar tractos*⁴⁶. Entre septiembre y diciembre se publicaron 19 tractos. El centro de la actividad lo ocupan Keble, Newman y Froude. Edward Pusey vino a completar el grupo, y a darle aún mayor prestigio. Los tractos se publicaban anónimos, pero como el de Pusey apareció con sus ini-

ciales porque él quería pasar como independiente, paradójicamente la gente comenzó a llamar a todos los de Movimiento "puseystas". Fue una época de gran actividad. Se trata del período que va de 1834 a 1839, al cual Newman mismo dedica el tercer capítulo en su *Apología*.

Lo fundamental acerca de este tiempo ya lo dijimos en relación al hogar de la Iglesia anglicana. Newman desarrolla su célebre *Via Media*, que dará origen a su obra *Conferencias sobre el oficio profético de la Iglesia*, aparecida en 1838. Incluirán su pensamiento sobre la Tradición y la Sagrada Escritura como regla de fe, enriquecido con la correspondencia que mantuvo con el teólogo católico francés Jager. Los sermones de esta época traducen su crítica al ambiente general anglicano, en relación a su tolerancia del error teológico. *Somos benignos en extremo -dice- al tratar con el pecado y los pecadores. Nos falta vigilancia celosa sobre las verdades reveladas que Cristo nos ha dejado... Para algunos ser amable resulta su único principio de acción. Cuando encuentran a alguien que se escandaliza ante el Credo de la Iglesia, empiezan a pensar cómo modificarlo o mutilarlo... No soportan la posibilidad de turbar a otro con una frase de desaprobación... Ojalá viera yo alguna perspectiva de que este elemento de celo surgiese entre nosotros, a fin de robustecer y dar carácter a la lánguida y absurda benevolencia que llamamos erróneamente amor cristiano. Hasta que no lo vea, no tendré esperanza en mi país*⁴⁷.

También dará a luz algunos de sus más famosos sermones, como *Los riesgos de la fe*:

⁴⁴ Apo., 35.

⁴⁵ Apo., 39, 40.

⁴⁶ L.D., IV, 33.

⁴⁷ PPS, II, 274-290.

Si la fe es, pues, la esencia de la vida cristiana, y si es lo que he descripto, se sigue que nuestra obligación consiste en arriesgar desde la Palabra de Cristo que tenemos, por lo que todavía no tenemos. Arriesgamos nuestras posesiones en planes que prometen una ganancia, en planes en los que confiamos y tenemos fe. ¿Qué hemos arriesgado por Cristo? ¿Qué le hemos dado por creer en Su promesa? El Apóstol dijo que él y sus hermanos serían los más miserables de todos los hombres si la muerte no hubiera sido vencida. ¿Podemos nosotros de algún modo aplicarnos esto? Pensamos, tal vez, en el presente, tenemos alguna esperanza del cielo; bueno, 'esto' lo podemos perder, por supuesto, pero después de todo: ¿cómo podremos estar peor que en nuestra condición presente? Un comerciante que ha embargado bienes en una especulación que falla, no sólo pierde su proyecto de ganancias, sino también algo de sí mismo, que arriesgó con la esperanza de ganar. Esta es la pregunta: ¿qué hemos arriesgado nosotros?... Temo que muchos hombres llamados cristianos, a pesar de todo lo que creen y sienten, todo lo cálido, luminoso y amable que reclaman para sí mismos, continúen siempre igual, ni mucho mejor ni mucho peor, como si creyeran que el cristianismo es una fábula. Cuando jóvenes son indulgentes con sus concupiscencias, o al menos continúan con las vanidades del mundo; cuando pasa el tiempo, entran en el despejado camino de los negocios o el de otros modos de hacer dinero, luego se casan y asientan, y sus intereses coinciden con sus obligaciones. Parecen ser, y piensan que son, respetables y religiosos, crecen pegados a cosas que son como ellos, comienzan a tener celo del vicio y el error, y corren tras

la paz con todos los hombres. Esta conducta, cuanto más lejos va, es recta y digna de alabanza, pero lo que digo es que ella no tiene nada que ver con la religión, no hay nada de profundidad o principios religiosos en los que la adoptan, no hay nada que no deban hacer porque no hay nada que ganar con ello, excepto lo que ganan ahora con su postura: gratifican sus deseos presentes, están tranquilos y ordenados, porque es su interés y gustan de ser así. Pero no 'arriesgan' nada, no sacrifican nada, no abandonan nada por la fe en la Palabra de Cristo. Por ejemplo, San Bernabé tenía una propiedad en Chipre, y la dio por los pobres de Cristo. Aquí hay un claro sacrificio. El hizo algo que no debía hacer si el Evangelio no era verdadero...⁴⁸.

Newman sigue viviendo en el Oriel, predicando en St. Mary y escribiendo *tracts*, que ya han pasado de setenta. El nº 73 es de Newman, dedicado a refutar a Erskine y Abbott, dos pensadores de tendencia indiferentista. Allí Newman describe lo que compete a la razón humana, en consonancia con el contenido de sus Sermones Universitarios. La Revelación sobrenatural posee unas notas propias que no permiten su disolución en lo puramente racional o en lo histórico, aunque tenga que ver con ambos. El racionalista rechaza la idea de misterio. En varios sermones contemplará ese misterio, traduciéndolo en palabras a sus oyentes. Hay uno, quizás de los más bellos salidos de su pluma llamado *El mundo invisible*:

Existen dos mundos, "el visible y el invisible", como habla el Credo, el mundo que vemos y el mundo que no vemos; y el mundo que no vemos existe tan realmente

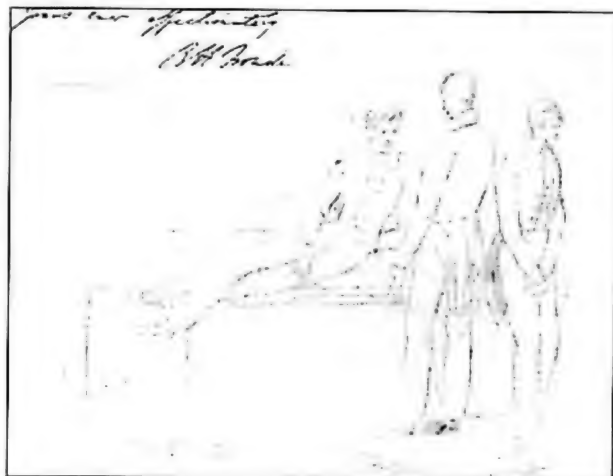
⁴⁸ PPS, IV, 295-306. Trad. en Newmaniana nº3, 1992.

como el mundo que vemos. Existe realmente, aunque no lo veamos... Se habla generalmente del otro mundo como si no existiese ahora, sino sólo después de la muerte. No, existe ahora, aunque no lo veamos. Está entre nosotros y a nuestro alrededor. Es el que le fue mostrado a Jacob en sueños. Los Angeles le rodeaban aunque él no lo sabía... Si a alguien le parece esto extraño, reflexione que tomamos parte innegable de un tercer mundo que vemos de verdad, pero acerca del cual no sabemos más que acerca de las legiones angélicas: el mundo animal... decidme si la presencia de semejantes multitudes incontables, tan variadas en sus naturalezas, tan extrañas y salvajes en su formas, viviendo sobre la tierra sin objeto comprobable, no es tan misterioso como cualquier cosa que la Escritura nos dice sobre los Ángeles... El mundo de los espíritus, aunque invisible, está sin embargo presente; presente, ni futuro, ni distante. No se encuentra encima del cielo, no está más allá de la tumba. Está aquí y ahora. El Reino de Dios está entre nosotros. De esto habla el texto: 'No ponemos nuestros ojos -dice San Pablo- en las cosas visibles, sino en las invisibles, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas'... Que estos pensamientos sean los vuestros, hermanos míos, especialmente en esta estación de la primavera en que toda la naturaleza es rica y bella... es como un ejemplo de lo que el mundo puede hacer por mandato de Dios... ¿Quién podría pensar sin la experiencia de primaveras anteriores, quién podría concebir dos o tres meses antes, que la naturaleza, aparentemente muerta, pudiera llegar a ser tan espléndida y tan variada?... Así es que en el buen tiempo de Dios, las hojas vienen a los árboles. La

estación puede demorarse, pero llegará finalmente. Lo mismo ocurre con esta primavera eterna que esperan todos los cristianos. Llegará aunque haya que aguardar... ¿Quién puede imaginar, por un esfuerzo de la fantasía, los sentimientos de aquellos que, habiendo muerto en la fe, despierten al gozo?... visitados por la inefable y visible Presencia del Dios Altísimo, con Su Unigénito Hijo Nuestro Señor Jesucristo y Su Igual u Coeterno Espíritu, esa gran visión en la cual será la plenitud de gozo y placer para siempre, ¡qué profundidades se conmoverán dentro nuestro!, ¡qué secretas armonías despertadas, de las cuales la naturaleza humana parecía incapaz! Las palabras de la tierra son ciertamente incapaces de servir a tan altas anticipaciones. Permitidnos cerrar nuestros ojos y hacer silencio ⁴⁹.

No cuesta trabajo imaginar que los que terminaron de escuchar a Newman, efectivamente cerraron los ojos e hicieron silencio. Estamos en 1837. El año anterior había muerto Froude, su gran amigo, y también su madre. El mismo mes que predica este sermón, Newman accede al diario íntimo y a las cartas de

Hurrell Froule, Thomas Mozley y Newman en el Oriel Common Room, 1832.



⁴⁹ PPS, IV, 200-213. Trad. en Newmaniana nº 12, 1994.

Froude, y decide, junto con Keble, publicarlas: son los *Remains*. Para ellos simbolizaban el evangelio tractariano, y para Newman eran una narración parcial e indirecta de su propia historia espiritual.

En 1836 tiene su primer contacto con el *British Critic*, que se iba a convertir en portavoz habitual de las doctrinas del Movimiento, bajo su dirección, desde 1838 a 1841. También comienza con Keble y Pusey una Biblioteca de los Padres de la Iglesia. Empieza, asimismo a traducir a San Atanasio, tarea histórico-dogmática que le llevó varios años. Entre los *tracts* se halla el que escribe sobre el Breviario Romano, inspirado en el que Froude rezaba y Newman conservó. *Lo tomé -nos dice- lo estudié, escribí el 'tract' sobre él y lo tengo sobre mi mesa hasta el día de hoy* (está hablando en la *Apología* de 1864)⁵⁰.

Pero su gran obra será en 1837, el ciclo de *Conferencias sobre la Justificación*, que publicará al año siguiente. Dice Newman: *estaba dirigido contra la afirmación de Lutero de que la justificación por la sola fe era la doctrina cardinal del cristianismo. Esta doctrina era para mí una paradoja o un truismo; una paradoja en boca de Lutero; un truismo en la de Melancton. Yo pensaba que la Iglesia anglicana seguía a Melancton y que, consiguientemente, en este punto no había diferencia real entre Roma y el anglicanismo, entre la Alta y Baja Iglesia. Quería llenar una fosa, que era obra de hombres. Comienza diciendo que el intento es mostrar que ciertas verdades esenciales cristianas tales como la rege-*

*neración bautismal y el ministerio apostólico, no son incompatibles con la doctrina de la justificación por la fe*⁵¹. Como se ve, estamos ante otro intento de "Via media" entre la doctrina protestante de la justificación por la "sola fe", o por *lo que Cristo es*, que excluye la necesidad de las buenas obras en orden a la salvación, y la doctrina romana de la justificación por la "obediencia", o por *lo que nosotros somos*, que introduce la noción del mérito de las buenas obras.

El estudio y la exposición que hace sobre la doctrina luterana es muy preciso. La teología luterana asume que la justificación por la fe será vívida, pero que es posible creer plenamente que uno ha sido salvado por Cristo sin ningún fruto consiguiente. La explicación de que la "vida de la fe" debe ser "amor" es rechazada por Lutero, sobre la base de que sería agregar otro principio de justificación. La fe no es definida por *lo que es*, sino por *lo que hace*, pues es "confianza en Cristo". La fe es sólo *el instrumento por el cual la justicia de Cristo se hace nuestra, pues Él es nuestra justificación, en el sentido de que Su obediencia es el sustituto de la nuestra, con el resultado de que cada creyente tiene inmediatamente una perfecta rectitud, pero que no es suya*⁵². Se supone que esta doctrina intenta *asegurarnos contra la autocontemplación, así como destruir el estado de duda acerca de nuestra justificación cuando se cree que depende de nuestras obras*⁵³. Por otro lado, el hecho de que la fe hace nuestro el cumplimiento de la ley moral por parte de Cristo, *nos ubica por encima de la Ley*⁵⁴.

⁵⁰ Apo., 75.

⁵¹ Jfc., P. V.

⁵² Jfc., 24.

⁵³ Jfc., 26.

⁵⁴ Jfc., 27.

Así como considera errónea la doctrina luterana, afirma de la católica romana no ser peligrosa en sí, pero sí incompleta, en el sentido de ser verdad, pero no toda la verdad, al quedar aislada de otras verdades. Aquí *la justificación consiste en el amor, o la santidad, o la obediencia*, y el estar justificado no en ser tenido por tal sino en ser hecho verdaderamente justo⁵⁵. Para Newman *es lo que la doctrina rival no es, una doctrina real que contiene una visión inteligible, tangible y práctica que puede tomarse y practicarse*⁵⁶. Por contraste, la idea protestante sobre la fe es *una mera teoría*, de donde se sigue que *toda su teología es sombría e irreal... Amor, temor y obediencia no son realmente posteriores a la fe justificante ni por un momento, a menos que los huesos y músculos fuesen formados después del rostro y la compleción del cuerpo... Así como la presencia del alma cambia la naturaleza del polvo de la tierra, y lo hace carne y sangre... así el amor es el principio modelador y armonizante del que depende la fe justificante, y en el que existe y actúa*⁵⁷.

Pero Newman quiere establecer, de la mano de algunos teólogos anglicanos, su propio modo de entender la justificación, redescubriendo lo que había sido olvidado o perdido. Dios no declara solamente que estamos justificados sino que *Él nos justifica*⁵⁸. Justificación significa, pues, tanto la justificación de Dios como el ser justificado del hombre, así como "trabajo" significa tanto el hacer como la cosa hecha. Mientras los protestantes usan generalmente el término en el primer sentido activo, los teólogos romanos lo

emplean en el segundo sentido, pasivo, y los escritores anglicanos no intentan separar *el sello y la impresión, la justificación y la renovación*⁵⁹. En un último análisis, Newman desecha tanto la respuesta protestante como la romana, para responder en qué consiste nuestra justificación, y sostiene que la fe es *aceptable porque contiene en ella la gracia de Dios... tener esa gracia o esa presencia y no la fe, que es su resultado, debe ser el estado real de un hombre justificado*. Si inversamente decimos, como los escritores romanos, que *la justificación consiste en una cualidad sobrenatural impartida al alma por gracia de Dios, de igual manera, el problema aparece, pues ese principio renovador no envuelve necesariamente a la misma gracia, como un poder o presencia divina inmediata*. Newman quiere mostrar cómo estas visiones aparentemente discordantes, *convergen en una presencia o gracia divina interior, de la cual ambas, la fe y la renovación espiritual, son frutos*⁶⁰.

Newman da con una solución al viejo problema, trascendiendo ambas posiciones, con una originalidad que consiste simplemente en redescubrir la doctrina central del Nuevo Testamento sobre la inhabitación del Espíritu Santo. *La presencia del Espíritu Santo, dice, el autor tanto de la fe como de la renovación, esa es realmente la que nos hace justos, y ...nuestra rectitud es la posesión de tal presencia... La conexión entre justificación y renovación es que ambas están incluidas en el único gran don de Dios, la inhabitación de Cristo a través del Espíritu Santo en al alma cristiana, la cual constituye nuestra justificación y santifi-*

⁵⁵ Jfc., 30-31.

⁵⁶ Jfc., 56.

⁵⁷ Jfc., 263-266.

⁵⁸ Jfc., 72-73.

⁵⁹ Jfc., 174.

⁶⁰ Jfc., 136-137.

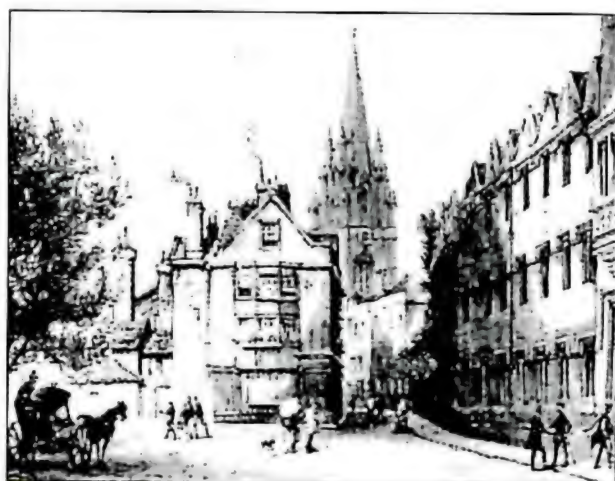
cación como su resultado necesario... Y la una no puede ser separada de la otra, a menos que los rayos del sol puedan ser separados del sol, o el poder purificador del fuego o del agua ⁶¹.

Con esta base teológica, Newman, en la última de estas conferencias, titulada *Sobre la predicación del Evangelio*, y teniendo a los evangélicos en mente, dice: ... un sistema de doctrina ha aparecido durante los últimos tres siglos, en el cual la fe o el pensamiento espiritual es contemplado como el fin de la religión, en vez de Cristo... Y de esta manera, se hace consistir la religión en contemplarnos a nosotros mismos, en vez de Cristo, consiste no simplemente en mirar a Cristo, sino en asegurarse de que le miramos, no en contemplar su divinidad y su sacrificio expiatorio, sino nuestra conversión y nuestra fe en esas verdades ... la moda del día es predicar la conversión, decirle a la gente que estén seguros de mirar a Cristo, en vez de mostrárselo simplemente, en decirles que tengan fe, más que en suministrarles el objeto de la fe ... con el resultado de que la fe y la inclinación espiritual se han desarrollado como fines, y obstruyen la vista de Cristo⁶². Newman demuestra con ironía el intento luterano de evitar la autocontemplación por el rechazo de las obras, mientras cae en algo peor.

Respecto de la fe dice algo original: *La verdadera fe es incolora, por decirlo así, como el aire y el agua; medio transparente a través del cual el alma ve a Cristo. Nuestros ojos no ven el aire y de la misma manera nuestra alma no se detiene a contemplar su propia fe. Cuando, por consiguiente, los*

hombres toman esta fe como si dijéramos en las manos, la inspeccionan curiosamente, la analizan, se absorben en ella, se ven forzados a materializarla, a darle color para que pueda ser tocada y vista. En otros términos, sustituyen a ella, colocan sobre ella, cierto sentimiento, cierta impresión, cierta idea, cierta convicción, algo en fin en que la atención pueda prenderse. Cristo les interesa menos que lo que llaman ellos sus experiencias. Los vemos trabajando para seguir en sí mismos los signos de la conversión, la variación de sus sentimientos aspiraciones y deseos: los vemos ponerse a conversar con los demás sobre todo esto... Ahora bien, no se charla en un campo de batalla; cuando los hombres se sienten impresionados por noticias buenas o malas, por espectáculos hermosos, admiran se regocijan, sufren, lloran, todo ello espontáneamente y sin reflexionar respecto a sus emociones ... Así ocurre con la fe ... Nuestros vecinos ven cómo vive

Frente de Oriel College y la torre de Santa María la Virgen, en la época de Newman.



⁶¹ Jlc., 154.

⁶² Jlc., 323-328.

*nuestra alma, pero ésta, cuando se encuentra sana, ve solamente los objetos que la poseen. Tal es la diferencia entre la verdadera fe y la contemplación de sí mismo*⁶³.

Muchos ven en esta obra un clásico genuino de teología "ecuménica", en el sentido de que no ofrece una fórmula de compromiso entre dos posiciones opuestas, sino una total nueva perspectiva que verdaderamente cambia la naturaleza del problema. Michael Ramsey, hasta no hace mucho arzobispo de Canterbury, consideraba esta obra como el modelo anticipado del mejor ecumenismo: no indiferentismo sino reconciliación en la plenitud de la fe auténtica. Dice el insigne teólogo francés Louis Bouyer sobre esta obra: "Newman no solamente se caracteriza por su poder de reunir lo que fuera separado y opuesto artificialmente, por desgracia, en esta obra escrita para la reconciliación de los cristianos divididos. Ya hemos visto lo mismo en su concepción de una tradición única, profética por su desarrollo en todos los cristianos, y al mismo tiempo episcopal por el don acordado a los pastores responsables, que él ve como una característica por la cual es posible juzgar acerca de los desarrollos fieles a los principios del cristianismo. Esto se revela asimismo en su visión del "asentimiento de la fe", no sólo reservado a los ingenios superiores, sino también a los hombres ordinarios. Y sobre todo: dicho asentimiento no es libre si no es racional, no es racional si no es libre; es personal (revelador del hombre entero y concreto) y es al mismo tiempo objetivo. En suma: es característico en Newman el adoptar posiciones que no son particulares sino católicas (en el sentido amplio del término), y no por ser vagas, sino al contrario, por ser sintéticas, sin omitir nada que sea impor-

tante y viendo al mismo tiempo todo en su relación con lo que es esencial... Sin embargo, esto no impide que Newman considere al cristianismo auténtico, a la verdadera Iglesia como un 'partido'. Pero hay que entender bien lo que con ello significa: no que tiene sólo una parte de la verdad, sino que su integridad, su autenticidad, excluyen las divisiones o parcialidades, esto es, la incapacidad de admitir en la realidad tanto su complejidad como su unidad. Lo cual implica una disposición para tomar partido: animarse a decir "no" cuando se debe, tanto como a decir "sí" cuando se puede. La Iglesia reconoce lo que es único y comprende lo que es parcial. Exige lo que es necesario, admite lo que es posible, y excluye falsas pretensiones. En una palabra, aplica constantemente el consejo que daba el papa Gregorio Magno a San Agustín de Canterbury cuando lo enviaba a los ingleses como misionero: "*In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*" (en las cosas necesarias hay que tener unidad; en las dudas, libertad; en todo, caridad)... Y aquí se ve que, para dar a la verdadera caridad la posibilidad efectiva de servir a la verdad evangélica en su plenitud, es de enorme importancia aquella educación universalista que Newman entrevió y que hoy, desgraciadamente, está en vías de desaparecer. No sólo lo enseñó Newman, sino también practicó aquello de que caridad y verdad progresan al mismo tiempo. Lo cual es fundamental, particularmente en el campo del ecumenismo. No se trata de concesiones diplomáticas, sino de verdad -aunque la agudeza psicológica sea asimismo indispensable-: la verdad en la caridad, que es precisamente toda la verdad, para una victoria final, no de unos contra otros, sino de la verdad en la común y realista caridad. En Newman encontramos al respec-

⁶³ Jlc., 336-337.

to una enseñanza -como en el caso mayor de su estudio sobre el problema de la justificación-, el testimonio personal de su servicio a la verdad que servía a la vez a la caridad, por la presentación auténtica y completa de la verdad"⁶⁴.

De estos años hasta 1841 ya citamos la frase de Newman *humanamente hablando fue el tiempo más feliz de mi vida; me encontraba realmente en mi casa*. Había llegado a una especie de punto culminante. Sus sermones eran famosos. Decían de él lo que otrora de Keble: ¡Allí va Newman! Pero en el mismo momento, comienza también a declinar su apogeo, sobre todo por el desprestigio local de los tractarianos después de la publicación de los *Remains*. Alguien habla ya de "la vuelta del papismo". Ingresan al grupo de Newman personas como Faber, Ward, Oakeley, Dalgairns y Morris, que seguirán el camino de la conversión como su maestro.

Se acentúa su desconfianza en la teología anglicana, que le parece más un depósito de materiales amontonados que un cuerpo vivo. En 1839 profundiza la hipótesis del desarrollo dogmático que acabará por destruir la *Via Media*. Escribe un artículo para justificar e interpretar el Movimiento tractariano, el último llamado dirigido a anglicanos como anglicano. En el verano lee los Padres en torno a la controversia monofisita, advirtiendo que los monofisitas se basaban igual que los anglicanos en la Antigüedad para sostener su error sobre la única naturaleza de Cristo. Se admira del papel del Papa León y de la autoridad de Roma al respecto, y se topa con la frase de San Agustín. Ya hablamos de esto en el capítulo sobre la Iglesia anglicana, y es que ahora, el hogar anglicano y el oxoniense convergen cada

vez más en los acontecimientos que vendrán. Oxford comienza a pesarle y necesita, vistas las sospechas crecientes sobre su iglesia, y el rumbo del Movimiento cada vez más enderezado a Roma, retirarse.

Unos años antes, en 1828, se había hecho cargo de Santa María de Oxford, y por añadidura, de una pequeña aldea a tres millas, llamada Littlemore. En 1835 comenzó a edificar una capilla, que fue consagrada al año siguiente. Para tener allí un lugar de retiro, con ciertas reminiscencias de monasterio antiguo, había comprado diez acres de terreno. Allí se fue a pasar entonces la cuaresma de 1840, y se dedicó a enseñar en la escuela parroquial y al estudio del canto coral. La cuaresma de Newman en Littlemore fue muy austera. Recitaba el breviario romano diariamente, dormía en el suelo y ayunaba frecuentemente.

De hecho, quería abandonar Santa María y se lo dice a Keble, que le aconseja quedarse por el momento. Newman sentía que no podía frenar la ida a Roma de algunos. Le dice a Keble: *Debo confesar que, sea mi voluntad o contra ella, inclino a la gente hacia Roma. En primer lugar, porque Roma es el único representante de la Iglesia primitiva, además de nosotros; a medida que se alejen de una se irán aproximando a la otra. En segundo lugar, porque muchas doctrinas que yo había sostenido tienen más cuerpo en el sistema romano... La gente me dice, es verdad, que con mis sermones, etcétera, estoy ejerciendo en Santa María una benéfica influencia en nuestro futuro clero. Pero, ¿y si me atribuyo el mérito de ver más lejos que ellos y de haber descubierto durante el último año que lo que*

⁶⁴ Cfr. L. Bouyer, Newman y el ecumenismo, en *Newmaniana*, nº 9/10, Buenos Aires, 1993.

*cubierto durante el último año que lo que ellos aprueban tanto acabará muy probablemente en Roma?*⁶⁵ Dice el padre Morales que "el Movimiento caminaba inexorablemente hacia la desintegración. Tal curso formaba parte de su esencia profunda, de su espíritu no oportunista. Muchos protagonistas vivían en él la necesaria fase previa a su entrada en la Comunión romana, que era su horizonte natural. La continuación puramente anglicana del Movimiento, a partir de 1845, supone una fase nueva. De alguna manera el movimiento ha dejado de existir. Su misión consiste ahora en elevar la temperatura espiritual de la Iglesia establecida y asegurar en ella una presencia de elementos católicos, que siempre será mayor que antes de 1833... A finales de 1840 los contactos de Newman con Ward y el sector romano del Movimiento ya habían alcanzado una notable intensidad... La perspicacia del maestro debió advertir que en el ánimo de Ward -representante de otros muchos- se perfilaba gradualmente el dilema entre una interpretación elástica de los 39 artículos anglicanos y la secesión a Roma... Este es el estado de cosas que condujo a la redacción y publicación del famoso *Tract 90*.⁶⁶

El escrito no tenía precedentes, en cuanto intentaba demostrar que los 39 artículos del credo anglicano estaban redactados flexiblemente, eran incompletos en sus formulaciones y ambiguos en su sentido, y por tanto exigían una interpretación adecuada, que debía estar de acuerdo con el sentir de la Iglesia católica. Newman quería decir que los artículos censuraban lo que él llamaba corrupciones populares del catolicismo, pero admitían las doctrinas católicas, y como habían sido redactados antes del Concilio de Trento, no podían ir dirigidos

contra el mismo. La publicación causó una tormenta. Se habló hasta en la Cámara de los Comunes, y fue comentado en la prensa nacional. El vicescanciller, los presidentes de los Colleges y los *proctors* de la Universidad condenan el tracto como contrario al espíritu y la letra de los estatutos de la Universidad, que exigían la adhesión a los artículos en su sentido original. Según Newman no era el que se le daba, de corte calvinista protestante. Newman se declara autor del tracto y dirige una carta al obispo de Oxford, renunciando a su puesto en el Movimiento. El Tracto fue publicado el 27 de febrero de 1841. En marzo Newman se retira a Littlemore y guarda silencio, mientras sigue traduciendo a San Atanasio.

Desde julio a octubre de ese año recibe los que él llama *tres golpes que me destrozaron*:

1. Poco había avanzado en mi trabajo, cuando la turbación retornó sobre mí. La aparición volvía por segunda vez. En la historia de los arrianos encontraba el mismo fenómeno, en forma mucho más atrevida que el que encontrara en la historia de los monofisitas... los arrianos puros eran los protestantes; los semiarrianos, los anglicanos, y Roma era ahora lo que fue entonces. La verdad no está en la 'via media', sino en lo que se llamó 'partido extremo'.

2. En medio de la miseria de esta nueva sacudida me encontraba cuando vino sobre mí un nuevo golpe. Uno tras otro, los obispos comenzaron a acusarme. Era un movimiento formal y determinado... Yo vi en ello una condenación... Al principio pensé protestar; pero luego abandoné la idea por desesperar de lograr nada... Unos

⁶⁵ Apo., 132-134.

⁶⁶ Cfr. J. Morales, op. cit., 107.

días después un extranjero me escribió que los *Tracts for the Times* habían convertido al catolicismo a un joven amigo suyo, y me rogaba que le hiciera volver al protestantismo. Yo le contesté: 'Si a consecuencia de los *Tracts for the Times*, se dan conversiones a Roma, yo no censuro los tracts, sino a quienes, en lugar de reconocer los principios anglicanos de teología y política eclesiástica que contienen, se empeñan en rechazarlos. Sea cual fuere la influencia de los tracts, grande o pequeña, vendrán a tener tanta fuerza en favor de Roma si nuestra Iglesia los rechaza cuanta tendrían en favor de nuestra iglesia si los aceptara'.

3. Como si todo esto no fuera bastante, vino el asunto del obispado de Jerusalén.

Se trataba aquí de la iniciativa de Inglaterra y Prusia, de consagrar un obispo anglicano que ejerciera en Jerusalén jurisdicción sobre anglicanos, luteranos y calvinistas, lo cual no era sino un intento político para reforzar la presencia de Inglaterra en el Medio Oriente. Por supuesto esto era un descarado liberalismo indiferentista en materia religiosa. Newman dice: *en el momento mismo que los obispos anglicanos lanzaban sus censuras contra mí por confesar un acercamiento a la Iglesia católica, que no iba más allá de lo que yo creía que permitían los formularios anglicanos, ellos fraternizaban, por otro lado, por sus actos o su tolerancia, con congregaciones protestantes y permitían*

que éstas se pusieran bajo un obispo anglicano, sin renunciar a sus errores ni garantizar la debida recepción del bautismo ni de la confirmación... Este fue el tercer golpe que, finalmente, sacudió mi fe en la Iglesia anglicana. Esta Iglesia no sólo prohibía toda simpatía o toda relación con la Iglesia de Roma, sino que estaba tramando una interconfesión con la Prusia protestante y con la herejía de los orientales. Quizá la Iglesia anglicana poseyera la sucesión apostólica, lo mismo que los monofisitas; pero actos como los que se estaban llevando a cabo suscitaron en mí la gravísima sospecha, no de que pronto dejaría de ser una Iglesia, sino de que, desde el siglo XVI, había dejado en absoluto de serlo... A partir de 1841 yo estaba en mi lecho de muerte por lo que atañe a mi pertenencia a la Iglesia anglicana, aunque, por entonces, sólo gradualmente me percaté de ello ⁶⁷.

Esta gradual certeza se dará en los años que van hasta 1845, que Newman relata en el capítulo cuarto de su *Apología*. Pero el hecho es que se da cuenta que Oxford ya no puede ser su sitio, un hogar confortable. Decide marchar a Littlemore. Allí había comenzado a prepararse un lugar. Unas sencillas edificaciones que habían servido de establos o almacenes, fueron acondicionadas. Se mudó el 19 de abril de 1842.

⁶⁷ Apo., 139-147.

¿Qué dice la historia de APOLINAR? 1º Parte

Traducción de

INÉS DE CASSAGNE

A juicio de la Iglesia temprana, el camino de la verdad doctrinal es angosto; pero, a juicio del mundo, en todo tiempo, es tan ancho, que no hay camino. Es lo que dije antes; y también que la conservación de la fe es considerada por el mundo como una lucha de palabras, como disputas perversas, como raros cuestionamientos y asunto técnico inservible, aunque para los Padres es necesaria para la salvación. Lo que ellos llaman herejía, al hombre mundano le parece tan válido como lo que ellos llaman ortodoxia. Ahora bien: los protestantes, ¿están o no están de parte del mundo, al no gustarles y desechar los artículos y proposiciones doctrinales por los cuales luchó la temprana Iglesia? Ciertamente, están con el mundo. Entonces, si en esto difieren de la Iglesia de los Padres, ¿cómo es que se imaginan que la temprana Iglesia era protestante?

En el tratado que estuve citando, Vicente de Lerins nos da varios casos de herejías y nos dice lo que piensa acerca de ellos. Entre otros, habla de Apolinar y su caída; y no podríamos tener un mejor ejemplo de la grave aflicción y profunda conmiseración que suscitaban en los Padres aquellos a quienes el mundo protestante actual mira como muy

buenas personas, tan sólo fantasiosos y especulativos, con alguna vuelta o *hobby* peculiar. Apolinar, mejor que nadie, nos hará entender lo que se pensaba sobre el pecado de herejía en los tiempos post-apostólicos, porque este hombre es tan grande y su herejía característica es tan pequeña. Los cargos contra Orígenes tenían un aliento y un peso como para ser tenidos en cuenta; en el otro extremo, Nestorio no tuvo méritos personales en su favor. Pero Apolinar, tras una vida de laborioso servicio religioso, sólo sufrió por enseñar que la Inteligencia Divina, en Nuestro Señor, reemplazaba y volvía superflua otra inteligencia, humana, y por este error aparentemente pequeño fue condenado. Por supuesto, no era pequeño error, ya que un error lleva a otro, y así fue en este caso; pero no deja de parecer pequeño y, sin embargo, fue de inmediato severamente denunciado y estigmatizado al Este y al Oeste; ¿sería tan rudamente castigado ahora por los protestantes?

Un breve boceto de su historia, y de la conducta de la Iglesia para con él, quizás no estará fuera de lugar en los experimentos que estoy haciendo en vistas a determinar la relación en que el protestantismo moderno se sitúa con respecto al Cristianismo temprano.

1

Su padre, del mismo nombre, nació en Alejandría, y era maestro o profesor de gramática. Viajando desde Berytus a Loadicea de Siria, se casó y se afincó allí, y llegó eventualmente a elevarse al presbiteriado de la ciudad. Apolinar hijo nació allí en la primera parte del siglo IV y fue educado para ser profesor de retórica. Tras una época de duda sobre la aplicación de sus talentos, resolvió dedicarlos al servicio de la Iglesia; y luego de admitido a la orden de lector, empezó a destacarse por su oposición a la infidelidad filosófica. De su escrito contra Porfirio, la más valiosa y elaborada de sus obras, se hicieron treinta copias. Durante el reinado de Juliano (el Apóstata), cuando se cerraron las escuelas cristianas y se impidió a los jóvenes cristianos frecuentar a los clásicos, tanto Apolinar padre como Apolinar hijo se ingeniaron para suplir tal inconveniente, componiendo ellos mismos odas, tragedias y diálogos, imitando a Homero, Platón y otros modelos, pero sobre temas cristianos; y nuestro joven Apolinar escribió y dedicó a Juliano una refutación del paganismo con argumentos racionales.

No se limitó solamente a defender la fe hacia fuera y a enseñar a los discípulos. La mayor parte de sus obras son exposiciones sobre la Escritura: se destacó en especial explicando e ilustrando su sagrado sentido, y la lengua hebrea le era lo suficientemente familiar como para permitirle traducir y comentar desde el texto original. Casi no hay controversia en la que no haya participado, en esa época tan prolífica en herejías. Escribió contra los arrianos, los eunomianos, los macedonianos y los maniqueos; contra Orígenes y Marcelo; y en defensa de los milenaristas. Aún se conservan partes de tales escritos doctrinarios, que despliegan un vigor y una elegancia de estilo no inferiores a los de ningún escritor de esa época.

Un hombre así parecía haber sido colocado providencialmente para defender a la Iglesia en días malos; y cabe afirmar que cumplió bastante tiempo, resuelta y noblemente, con este destino que le asignara Dios. En ese entonces la Iglesia de Laodicea, con las demás ciudades de Siria, estaba en posesión de los arrianos; cuando el gran Atanasio pasó por allí para retornar a Egipto, tras su segundo exilio (año 348), Apolinar se puso en contacto con él, y por ello fue excomulgado por el obispo arriano. Al morir Constancio (año 361) la causa católica prevaleció, y entonces Apolinar fue consagrado para ocupar dicha sede y todo cuanto caía bajo ese nombre en Asia Menor.

2

Tal era el *status* y tal la reputación de Apolinar, en 362, cuando se reunió un concilio en Alejandría para resolver los desórdenes de la Iglesia, y aunque fue durante esta célebre asamblea que por primera vez se insinuó aquel error doctrinal por el cual se lo conoce en la historia, sin embargo, no se lo conectó entonces con su nombre. Las calamidades que sobrevivieron, bajo el emperador Juliano, distrajeron la atención hacia otros temas. La incipiente herejía durmió hasta alrededor del 369, y su existencia se nos hace evidente a través de numerosos personajes, esparcidos por Siria y Grecia, que la profesaban bajo una forma u otra, así como por la solemne reunión de un concilio en Siria que condenó a quienes la sostenían. Descubrimos que ya por aquel entonces la herejía había producido las lógicas consecuencias que de un error llevan a otro error; no obstante, el nombre de Apolinar no está conectado con ellas.

El concilio, como dije, tuvo lugar en Siria, pero la herejía por la cual se lo convocó estaba diseminada en Grecia; un comunicado que los

obispos allí reunidos dirigieron a Atanasio sobre el asunto, hace referencia a una carta –aun existente– que aquél le dirigió a Epicteto, obispo de Corinto, quien antes le había escrito a él sobre el tema. Dicha carta de Atanasio no menciona el nombre de Apolinar, ya sea por cariño, ya sea por serle difícil imputársela a él. Otra obra escrita por Atanasio contra la herejía, hacia fines de su vida, con la misma perspicacia y riqueza de pensamiento que distinguen sus escritos en general, guardan silencio también, al igual que dos cartas a amigos de similar fecha, y que tocan más o menos los mismos puntos teológicos en cuestión. Todos estos tratados parecen haber sido forzados por el escritor, y se caracterizan por considerable energía de expresión: como si los católicos a quienes los dirige estuviesen perplejos ante las nuevas declaraciones de doctrina, y como si dudasen cómo Atanasio pudiera enfrentarlas, o al menos requiriesen su autoridad antes de pronunciarse acerca de ellas; y, por otro lado, se diría que el propio Atanasio temiese disimularlas, como si por alguna razón privada deseara evitarlas. Empero, en la historia de los documentos de la época nada hay que induzca a suponer sospechas sobre Apolinar, y según declaración de éste, Atanasio murió persuadido de su ortodoxia. Hay una carta escrita por Apolinar sobre este asunto, en la que habla del tipo de diálogo que había tenido con el Patriarca de Alejandría, y de su acuerdo en la fe, reconocido por el propio Atanasio. Lo proclama su maestro, y al mismo tiempo da entrever apenas que había habido puntos que aclarar entre ambos, a los que él mismo había dado lugar. En otra carta, escrita, a un obispo de Egipto, parece referirse a aquella epístola a Epicteto citada anteriormente, expresando su aprobación sobre la misma. Se sabe, sobre todo, que Atanasio proporcionó las usuales cartas de presentación a Timoteo, íntimo amigo de Apolinar, de cuya secta luego llegó a ser el más extravagante maestro, cuando Timoteo iba a visitar a los

obispos del oeste, y ello contando con sus talentos para oponerse a los arrianos.

Atanasio falleció entre 371 y 373, y a esta pérdida de la Iglesia le siguió, entre otras calamidades, la abierta declaración de herejía por parte de Apolinar. En la carta a la que hemos hecho referencia, pretende estar de acuerdo con Atanasio, y de inmediato procede a sostener una de las tesis contra las cuales Atanasio había escrito. Al decir esto, no es mi intención acusar a un hombre tan respetable de esa falta de ingeniosidad que casi siempre caracteriza a la herejía. Era natural que Apolinar haya ejercido una influencia sobre su mente; y natural era también que, cuando este eminente colega pasó a mejor vida, él se hallase en condiciones de respirar más libremente, aun sin querer confesarlo. Mientras se permitía especular por su cuenta, quizás todavía intentaba convencerse de que no estaba saliéndose de la enseñanza de la Iglesia. Por otra parte, vemos que las autoridades eclesiásticas, por más que él profesase su herejía, no dieron crédito por un tiempo a este hecho, por recordar sus anteriores servicios y su probada ortodoxia, y por esperar que sólo era por su oposición al arrianismo que había llegado a incurrir en extravagancias verbales. De allí que las autoridades eclesiásticas se mostrasen tan poco deseosas de acusarlo de herejía, como él de confesarla. No sólo eso, aún cuando ya había perdido la vergüenza y atacaba a los católicos con violencia y reunió a sus discípulos en una secta, todavía él no fue públicamente censurado, si bien su doctrina anatematizada. Se lo condenó por primera vez en Roma, varios años después de la muerte de Atanasio, junto con su discípulo Timoteo. En las actas del Concilio Ecuménico de Calcedonia, varios años después, se menciona su secta como existente, con indicaciones de cómo volver a ser recibidos en la Iglesia aquellos que pidiesen la reconciliación. Apolinar vivió aún

diez años, y su secta sólo duró veinte años más que él, pero en ese corto lapso de tiempo, la secta se dividió en tres denominaciones, de varios grados de heterodoxia, más o menos parecidas a los errores del judaísmo.

3

Ante este fiel relato sobre la conducta de la Iglesia hacia Apolinar, nadie puede acusar a sus autoridades de haberlo tratado con odio o rudeza; no obstante, la ternura que le dedicaron a él personalmente, fue acompañada por un concienzudo cumplimiento de sus deberes para con la Fe Católica –para lo cual nuestros protestantes están simplemente muertos–. ¿A quién, hoy, en Inglaterra, salvo eclesiásticos muy encumbrados, se le ocurriría poner fuera de la Iglesia a alguien por lo que se llamaría “una mera opinión” especulativa o metafísica? ¿Por qué no podría ser Apolinar un “hombre espiritual”, y tener una “fe justificable”, percibir los méritos de nuestro Señor, tener un “interés personal en la redención”, poseer una “religión experimental” y ser capaz de recoger sus “experiencias”, por más que divague por su cuenta en algunos puntos sobre la naturaleza del alma de nuestro Señor? Tales ideas, empero, no serían aprobadas por los cristianos del siglo IV, que aceptaban los anatemas de la Santa Iglesia adhiriendo a ellos de todo corazón. He aquí cómo se lamentaba Epifanio sobre aquel asunto:

“Ese hombre anciano y venerable, que nos fue siempre tan singularmente querido, y lo fue para nuestro santo padre Atanasio, de beata memoria, y para todas las personas ortodoxas, fue él, Apolinar de Laodicea, quien originó y propagó esta doctrina. Y al principio, cuando nos lo aseguraban algunos de sus discípulos, no creímos que un hombre como él pudiese admitir tal error en su camino, y esperamos con paciencia y con esperanza,



San Atanasio.

hasta poder discernir el estado de la cuestión. Pues pensábamos que esos jóvenes que se nos habían acercado, no habían penetrado en las profundas ideas de tan erudito y lúcido maestro, y que habían inventado por sí mismos esas tesis, no las habían tomado de él. Porque había muchos puntos en los cuales, los que se nos acercaron, no coincidían entre sí: algunos se atrevían a decir que Cristo había traído su cuerpo desde lo alto a aquí abajo (y de esta extraña teoría, admitida en la mente, extraían nociones aún peores): otros negaban que

Cristo tomó un alma; y algunos se arriesgaban a decir que el cuerpo de Cristo era consubstancial con la Cabeza divina; y a raíz de ello causaban gran confusión en Oriente.” (*Haer.* 1 XXVII, 2)

Continúa luego:

“Entonces nuestra vida quedó sumergida en aflicción: ¡que entre hermanos tan ejemplares como el mencionado haya podido surgir una querella, que el enemigo del género humano haya conseguido dividirnos! Ah, hermanos! Grande es el daño que se le hace a la mente en este caso. Pues si no hubiese surgido nunca una cuestión sobre el asunto, la cosa hubiera sido más simple (pues ¿qué ganancia sacó el mundo de esa nueva doctrina, y la Iglesia, qué beneficio? ¿no ha sido más bien una injuria, causando odio y disensión?); pero cuando surgió la cuestión, se hizo enorme; no apuntó al bien; ya que cuando alguien rechaza este punto particular, y aun el mínimo punto, está renegando. Y nosotros no debemos apartarnos –ni en lo más trivial– del camino de la verdad. Nadie sostuvo esto entre los antiguos –ni profeta, ni apóstol, ni evangelista, ni comentarista–, hasta ahora, en que nos deja perplejos esta doctrina procedente de alguien tan preparado. Una mente de cultura poco común, educada primero en la literatura griega, y después como maestro de dialéctica y argumentación. Más aún, el más severo a lo largo de toda su vida, y merecidamente saludado entre los primeros por su amor a la ortodoxia, y así siguió hasta mantener esta doctrina... No sólo eso, había padecido el destierro por no haberse plegado a los arrianos; pero, a qué proseguir? Nos ha afligido mucho, una pesadumbre sin tregua, como acostumbra nuestro enemigo¹. (Ibid., 2+)

San Basilio tuvo problemas una vez a raíz de una supuesta amistad con Apolinar. Le había escrito una carta sobre un asunto indiferente, en 356, cuando él era todavía un laico y Apolinar, recientemente ordenado y ortodoxo. Pero esto fue magnificado por su opositor Eustacio presentándolo como si hubiese sido una posterior correspondencia e intercomuniación entre el arzobispo y el heresiarca. En realidad, Basilio sabía muy poco de él, y menos de sus obras; entonces, la descripción que proporcionan los pasajes siguientes vale como muestra de la opinión popular sobre Apolinar, más que como juicio individual. Basilio escribió el primero en su propia defensa; en el siguiente, menciona otros errores de Apolinar, aparte de los ya aludidos pues, como ya dije, se comprueba que un error rara vez permanece solo.

“En lo que a mí respecta”, dice Basilio, “nunca en verdad lo consideré a Apolinar como un enemigo; es más, en algunos aspectos lo reverencio; sin embargo, no estoy tan conectado con él como para responder a errores que le alegan, considerando, además, que yo mismo, al leer alguna de sus obras, tengo una queja contra él. He oído que se ha vuelto el más copioso de todos los escritores, pero muy pocos escritos he tenido en manos, pues no tengo tiempo de buscar, y además, difícilmente llego a los escritores recientes, impedido como estoy por cuestiones de salud, ni siquiera puedo continuar el estudio de las Escrituras inspiradas, como corresponde.” (Ep. 244, 3).

El otro pasaje:

“Después de Eustacio viene Apolinar: él también causante de no pequeños disturbios

¹ el diablo.

en la Iglesia, porque, con la facilidad de escribir que tiene y una lengua a su servicio para cualquier tema, ha llenado el mundo con sus composiciones, despreciando la advertencia: 'Guardaos de escribir muchos libros' porque en los muchos hay muchos errores. Pues ¿cómo es posible, hablando mucho, no pecar?" (Ep. 263).

Y entonces prosigue mencionando algunos de los varios errores gruesos, que hasta el momento había cometido.

Finalmente, oigamos a Vicente de Lerins:

"Grande fue el calor y grande la perplejidad que Apolinar suscitó en las mentes de su auditorio, cuando la autoridad de la Iglesia les señaló un camino, y la influencia de su maestro les señalaba otro, de manera que, fluctuando y vacilando entre ambas, no podían decidir cuál debía ser elegido. Diréis quizás que deberían haberlo puesto de lado enseguida; sí, pero él era un hombre tan grande, que su palabra arrastraba consigo un crédito extraordinario. En verdad, ¿quién lo superaba en agudeza, en larga práctica, en el examen de la doctrina? En cuanto al número de sus volúmenes contra los herejes, me limito a mencionar como ejemplo

aquella magna y noble obra suya contra Porfirio, en no menos de treinta libros, con su vasta colección de argumentos. Apolinar debería haber estado entre los principales constructores de la Iglesia, de no haberlo incitado la profana lujuria de curiosidad herética a exponer algo nuevo, a manchar al mismo tiempo sus trabajos de lado a lado con ese tinte de lepra, hasta hacer de su enseñanza, más una tentación para la Iglesia que una edificación." (Ch.16)

Constituye un solemne y fecundo hecho el que dos compañeros de Atanasio, de los más celosos y activos en su lucha contra el arrianismo, Marcelo y Apolinar, cayesen en herejías de autoría propia, y que la Iglesia no los disculpase, por más servicios que le hubiesen brindado anteriormente. "¡quien piense que se va a mantener, cuidado que se va a caer!"

"Ay, hermano!, junto a la tumba,
arrodillado y con temor,
comprendemos el destino del pastor
que habla y no quiere escuchar.

El santo canoso puede caer al fin,
El más seguro guía puede llegar a divagar;
sólo la muerte nos moldea y dispone
para la radiante playa del amor."

En María los destinos del mundo cambiaron, y fue triturada la cabeza de la serpiente... en ella la maldición pronunciada contra Eva se convirtió en una bendición.

(Parochial and Plain Sermons, vol. II, pp. 128.129, 1832)